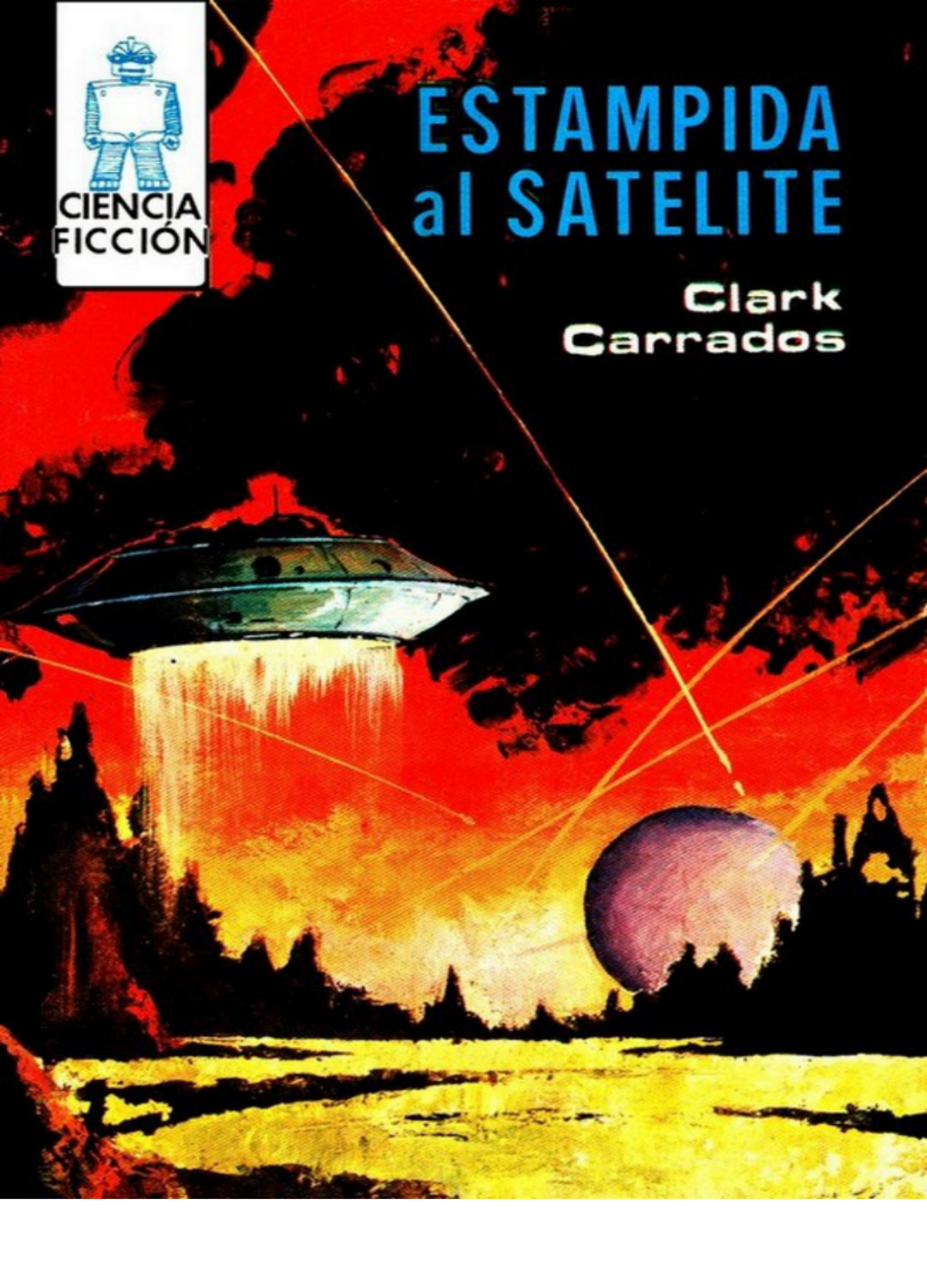

CIENCIA FICCIÓN
ESTAMPIDA al SATELITE
Clark Carrados

COLECCION

ESPACIO

ESTAMPIDA AL SATELITE

por

CLARK CARRADOS

EDICIONES TORAY, S. A

Teodoro Llorente, 15

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR - Eduardo Tubau, 19. BARCELONA

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión "X"

9 Planetoide 2.012

10 "Ellos"

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo: Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El nombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

21 La vuelta de Gulliver

22 La incógnita de Marte

23 Estampida al Satélite



CAPITULO PRIMERO

—¡ Cámara de combustión!

—¡ Cámara de combustión al habla!

—Presión mínima al tubo lateral dos.

—Presión mínima al tubo lateral dos. Saliendo gases sin novedad.

—Está bien. ¡Atención toda la tripulación! Preparados para iniciar el viraje. Dentro de diez segundos comenzaremos. Consulten los cronómetros.

* * *

Fueron llegando a la cabina de control los partes de los restantes miembros de la tripulación, y el piloto miró fijamente el que tenía ante sí. Consultó luego el indicador radárico de distancia y, cuando lo creyó oportuno, exclamó, tensos los nervios:

—¡Atención nuevamente! A partir de diez, comienzo a contar... —y las cifras, pronunciadas en alta voz, se fueron desgranando en el

absoluto silencio del interior de la espacionave de carrera — ¡Cinco...! ¡Cuatro...! ¡Tres...! ¡Dos...! ¡Ahora!

La mano de Bill Shekels oprimió suavemente el botón correspondiente. Él no lo vio, pero el chorro de gases acentuó su potencia, empujando hacia la izquierda al aparato, con gran suavidad, pero no obstante la fuerza centrífuga se hizo sentir brutalmente, lanzando al piloto hacia el lado opuesto, haciéndole sentir la tremenda opresión de las correas de sujeción.

A quince mil kilómetros de distancia, Bill, mirando a simple vista por la lucerna que tenía frente a si, pudo, más que ver, adivinar la cara eternamente obscura del satélite, y la vio porque un enorme círculo negro, más negro aún que el espacio circundante, ocultaba en su redondez todas las estrellas interpuestas entre él y el observador, en este caso el piloto.

Más a Bill Shekels no le impresionaba el celeste panorama, con todo y ser de una grandiosidad inenarrable. Lo que le interesaba, y no es que no fuera sensible a determinadas manifestaciones sentimentales, era ganar la carrera que se estaba celebrando. La I Carrera Sideral de las 500.000 millas.

Quinientas mil millas, ochocientos mil kilómetros, tenían que recorrer las astronaves en el vacío, antes de regresar a la Tierra.

Valía la pena concurrir a la competición. Además de la fama, y del primer premio, nada despreciable por cierto, cinco millones de dólares, vendrían otros ingresos luego, que todavía los superarían, entre los que no serían más flojos: los de la propaganda comercial. Los constructores de astronaves pagarían un buen precio por la patente del aparato vencedor, y su piloto podría dedicarse durante el resto de sus días, a la vida contemplativa, libre ya de toda inquietud económica.

Por ello concurría Bill Shekels a la carrera. Por dichos motivos se había inscrito, pero como piloto independiente, no asociado con ninguna empresa constructora. Si triunfaba, y estaba seguro de ello, no le faltarían capitalistas dispuestos a adelantarle todo el dinero que quisiera para montar una industria con la que fabricar astronaves como la que él comandaba en aquellos momentos. Pero él seria el amo. Aun teniendo dependencia económica, en la fábrica se haría lo qué quisiera, siempre, desde luego, en beneficio de la construcción. No sería como otros conocidos suyos, que no eran más que peleles tiranizados en manos de gordos millonarios sin corazón.

No. No le ocurriría tal a Bill. O triunfaba, y casi veía ya el premio al alcance de la mano o...

¡Brrrr...! Se estremeció. No quiso ni pensar en lo que le ocurriría si

perdía la carrera. Ni siquiera el segundo premio de dos millones le sacaría de apuros. Sería como una gota de agua en el ancho mar. Bueno; no había que ser tan exagerado, Pero sítendría que vestirse con periódicos viejos, porquehasta el traje tendría que vender.

No quiso reducir velocidad en el viraje. Podía haber decelerado y haber dado una vuelta más ceñida, pero tenía bien calculado el tiempo y la pérdida de velocidad, aun ganando terreno en la curva, le haría derrochar unos cuantos minutos, que luego podrían serle preciosos. Por ello se había arriesgado a los bárbaros efectos de una curva a cincuenta mil kilómetros a la hora.

Sonrió para sí. Tenía motivos para hallarse satisfecho. Su nave era la más rápida de todas, la de líneas más esbeltas, la de motores más afinados. No había ninguna de las de sus competidores que se pudiera comparar con su "Luna Azul".

Recorriendo en contados minutos la curva, cerró el paso de los gases, tras la oportuna indicación a la cámara de combustión. Niveló la marcha del aparato con un pequeño chorro del tubo lateral número uno y se lanzó hacia la Tierra, a menos ya de cuatrocientos mil kilómetros de distancia.

Pero todavía le quedaban casi ocho horas de navegación. Ocho horas duras, durísimas, tanto o más que las que acababan de pasar; ocho horas de tensión de nervios, de sobreexcitación, que solo cesaría cuando al fin pudiera aterrizar.

Tomó el micrófono llamando:

—¡Operador de situación!

—¡Operador de situación al habla!

—¿Como van los demás "cacharros", Johnny?

—¡Espléndido, Bill! Espléndido para nosotros, se entiende. El más próximo a nosotros es él "Rayo de los Espacios". Yo le llamaría "Cangrejo Sideral".

Como se descuide, va a llegar a la Tierra recorriendo el camino al revés —y una sonora risotada le llegó hasta los oídos, risa que se convirtió en unánime carcajada al extenderse a los demás departamentos de la nave.

Bill Shekels también rio, de buena gana, pero quería saber las cosas con más exactitud y así se lo dijo a Johnny Tufts, tercer piloto y encargado de la navegación.

—Bueno, pues te lo diré, Bill. El "Rayo de los Espacios" se halla ya a mitad de la curva. Tres mil kilómetros más lejos, es decir, apenas

iniciándola, se encuentra Percy Mollison, con su "Lanza Negra"; y ya, como quien dice fuera de combate, Pierre Lamotte, con el "Fragata II". Los demás, chico, no cuentan. Ya puedes ir preparando el saco para los billetes. ¡Hoy, qué bien nos van a venir!

—No te hagas muchas ilusiones todavía, Johnny. Nos quedan siete horas y media de viaje.

—No te preocupes. Si ya estamos en casa. Anda y lávate el cuello para cuando te pongan el collar de flores,

—¡Exagerado!—reprendióle Bill, más íntimamente halagado en su interior ante el afecto de sus subordinados, que más que subordinados eran amigos. Éstos eran Johnny Tufts; Antonio Urdiales, encargado de la cámara de combustión y jefe mecánico, desmintiendo su calidad de español por lo silencioso y taciturno; Alfred Perkins, segundo piloto, en descanso en aquellos momentos; Mark Sandeyron y Percy McKay, mecánicos, constituyendo una media docena de astronautas jóvenes y decididos, unidos y ambiciosos, formando literalmente parteintegrante de la nave, enamorados de los espacios siderales, ansiando volver a ellos apenas habían, pasado veinticuatro horas en tierra.

—Escucha, Johnny. Me gustaría echar una parrafada con Bart Clausing; el del “Cangrejo Sideral”, para que lo entiendas.

—Sí, claro — rio Tufts—. Ahora mismo intentaré ponerte en comunicación con él.

Durante unos minutos luchó el tercer piloto con las ondas de radio. Después de haber hecho salir al exterior, alterando la forma usada de la nave, los reflectores cóncavos que emitían y recibían las microondas, el medio más adecuado y rápido de comunicación en tales lugares, hizo oscilar la luz que impresionaría los radares del "Rayo de los Espacios", indicando a su operador de radio que deseaban entablar conversación con los ocupantes del aparato. En éste surgirían, de la misma manera, otros reflectores y entonces podrían hablarse con toda comunicación.

Cuando Tufts vio la señal de "enterado", comenzó a hablar:

—"Luna Azul llama a "Rayo de los Espacios" repitió y aguardó.

No tardó la respuesta en llegar:

—"Rayo de los Espacios" al habla. ¿Qué es lo que quieren los tripulantes de ese trasto?

—Escucha, insolente. Mi nave — dijo Johnny—, podrá ser un trasto, pero yo no veo los chorros de la tuya. ¿Me entiendes, majadero? Y ahora dile al pirata de tu jefe que se ponga.

Treinta segundos más tarde, la voz de Bart Clausing se percibía claramente, en toda su grave intensidad, que parecía un trueno, en el puesto central de pilotaje.

—¿Qué tobera se os ha roto por ahí, Bill?

—¡Oh, nada! Nada de particular, Bart. Simplemente recordarte cierta conversación que tuvimos "allá abajo" — allá abajo era la Tierra —, aún no hace una semana.

Bill percibió claramente el torrente de excitadas palabrotas que soltó su competidor.

—Bueno, bueno — exclamó—. Basta ya de tacos, que vas a averiar los transmisores. Yo no tengo la culpa de enseñarte los chorros de mi aparato. — Rio por lo bajo y continuó: —Me dijiste que me darías para el pelo. ¿Qué pelo, Bart?

—Eres un sinvergüenza, Bill. Te aprovechas de que yo no estoy a tu lado. De lo contrario, te haría tragarte esas palabras.

A Shekels lo puso serio la expresión, pero fue solamente durante un par de segundos. Luego, la sonrisa volvió a su rostro simpático y jovial.

—Está bien. No me gustaría que té lo tomases tan a mal. Pero has de recordar que nos apostamos, en privado, veinticinco mil "machacantes". ¿Quién se los va a echar al bolsillo?

—¡Quién se los va a echar al bolsillo, un cuerno! — berreó más que gritó Bart Clausing con gran algazara por parte de la tripulación del "Luna Azul", que escuchaba complacidísima la discusión, especialmente en el punto de la apuesta, ya que todos habían contribuido a reunir los veinticinco mil dólares para el caso, improbable, de que tuvieran que pagarlos.

Éste continuó ametrallando el micrófono:

— ¡Te estoy viendo los chorros, es cierto! Pero no te creas por eso que has ganado la carrera. Quedan aún casi cuatrocientos mil kilómetros y en esas ocho horas pueden ocurrir muchas cosas.

—Una de las que no pasará es que tú me adelantes, Clausing — replicó flemático Bill.

—Todavía no puedes asegurarlo. Son, según la hora oficial de partida las dos de la tarde. Antes de las diez de la noche lo sabremos, salteador del vacío.

— ¡Y de tu bolsillo, Bart, y de tu bolsillo! — rio de nuevo Bill, ante cuyas palabras Clausing dio un fuerte manotazo al interruptor, cuyo

¡click! se percibió con toda claridad en la cabina en que se hallaba el primero.

—Pero que muy bien —elogió Tufts—. Le has dado un baño.

—Así se habla. Voy a bailar una danza apache en cuanto le vea en la Tierra. Fotografiaré el momento en que firme el cheque — gritó Perkins.

—Y me darás a mí una copia —se carcajeó Sardeyron —. La pondré en un marco.

—Sí. Será interesante ver la cara que pone —dijo otra voz.

—¡Anda! ¡Chicos! — gritó Tufts—. Os habéis fijado?

—¿Qué ocurre? — inquirieron dos o tres.

—¿Que qué ocurre? Casi nada. Urdíales que ha dicho media docena de palabras seguidas. ¿Te has cansado, Antonio? — ironizó el dicharachero Tufts.

—Bueno, bueno — rezongó el aludido.

En todas estas conversaciones habían pasado ya casi quince minutos, por lo que los quince mil kilómetros del viraje a la altura del satélite habían sido recorridos en su mayor parte y ya se veía la mitad iluminada de éste, completada por el otro segmento, sumido en tinieblas permanentes. Bill se dijo que podían considerarse en franquía; pero apenas se había hecho tal consideración, cuando ocurrió lo inesperado.

Trepidó violentamente la nave sideral. A través de las lucernas, por simple visión directa, pudieron apreciarse chorros de llamas, de enorme intensidad.

— ¡Cámara de combustión!—llamó Bill—. ¿Qué ocurre? ¿Qué diablos se ha roto por ahí dentro?

— ¡Cámara de combustión responde! —la voz de Urdíales era serena, sin la menor variación en sus modulaciones—. Se ha cegado uno de los tubos propulsores.

—¿Cómo ha podido ocurrir eso? — gritó palideciendo Bill, pues no ignoraba el terrible peligro que entrañaba una avería de tal índole.

—No lo sé. Quizá se ha derretido el metal, incapaz de resistir las elevadas temperaturas, quizá alguna plancha desprendida se ha situado en el camino de los gases.

De nuevo volvió a trepidar el aparato. Fuertes vibraciones, sacudiéndolo de arriba abajo, lo hicieron estremecer, crujiendo

alarmantemente todas sus estructuras. Y entonces llegó la voz de Urdiales, perdiendo el compás flemático habitual en él.

—¡Por el amor de Dios, Bill! ¡Corta todos los gases! ¡Para inmediatamente todos los motores o nos desintegraremos!

Bill no preguntó. Sabía, que cuando su jefe de mecánicos daba una orden del calibre aquel, debíatener causas muy graves y muy justificadas para hacerlo. Su mano, pues, voló por todos los botones del tablero de instrumentos, cerrándolos y cortando inmediatamente la energía, dejando los reactores en estado latente, con el mínimo de fisión nuclear que podían soportar. Cerró también el paso del combustible a la cámara de ignición, en donde se calentaba a temperaturas de millares de grados, dilatándose a volúmenes inconcebibles, y terminando en los tubos expulsados, convertido en cataratas de cárdenas llamaradas que iluminaban espectralmente el espacio. Pero no lo hizo tan rápido que uno de los tubos no aumentara rápidamente su potencia propulsora, y como era uno de los laterales, impulsó a la nave en sentido lateral.

La fuerza centrífuga desarrollada fue demasiada para que los cuerpos la soportaran sin detrimento físico. A los oídos de Bill llegaron los gritos de dolor de sus cotripulantes, pero en el mismo instante, también su cuerpo sufrió los terribles efectos de aquella imprevista catástrofe. Sintióse cruelmente oprimido por las correas. El aire fue arrojado de sus pulmones, y no tuvo tiempo siquiera de felicitarse por haber continuado sujeto al asiento, porque, apenas había ocurrido el accidente, un espeso velo rojo se le puso delante de las retinas. La sangre afluyó en considerables cantidades a las venas de los globos oculares, y ya no sintió, ni vio más, porque el velo rojo se transformó en inmensa y negra túnica envolviéndole en los pliegues de la inconsciencia.

* * *

Stella Harrison cruzó lentamente la habitación. Pareciendo deslizarse sobre el brillante pavimento de la estancia, su delgado y esbelto cuerpo no acusó apenas los efectos de la locomoción que la llevó desde la entrada hasta el butacón en el que se hallaba sentado cómodamente su padre, Nicholas (Nick) Harrison, embebido en la contemplación de lo proyectado en la pantalla televisora.

—¿Qué hay, papá? — murmuró la muchacha, y el señor Harrison levantó la cabeza.

—¡Hola, hija!—sonrió—. Descansaba un poco, interesándome por la primeras quinientas mil millas del espacio. Escucha.

Stella se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, postura

facilitada por los amplios pantalones que llevaba en casa, fijando su vista en el rectángulo de vidrio. No se veía al locutor, pero se lo escuchaba perfectamente:

—"...y ahora, señoras y señores, les daremos la posición de las naves concursantes. Fíjense que conectamos con los servicios de control instalados en la cara obscura de la luna. Por la pantalla de radar podrán apreciar el lugar que cada uno de las astronaves ocupa en la carrera, carrera que marcará un hito de gloriosa memoria en la Historia de la Astronáutica. La Astronáutica, queridos televidentes — continuó el invisible locutor —, ya no es solamente una rama del saber humano con aplicaciones estrictamente militares o científicas. No. Por primera vez tiene una aplicación deportiva, una aplicación en la que la competición y el espíritu de lucha, noblemente, sin regatear méritos al rival, tienen su asiento. Y todo ello se ha traducido en las PrimerasQuinientas Mil Millas del Espacio, dotadas con munificencia, ya que sus premios enriquecerían al mismísimo Creso, carrera que está llegando a su punto álgido, al momento culminante de su desarrollo. Vean los puntitos luminosos que indican cada astronave. Están muy lejos para que se le pueda detectar por visión telescópica. Ello no será posible hasta que se hallen por lo menos a cien mil kilómetros del planeta, a dos horas del final. El punto más pequeño es el más alejado y corresponde al número 7, el aparato pilotado por el bravo Bill Shekels, y que va en cabeza de la formación, respondiendo al poético nombre de "Luna Azul". No hay duda. Parece que será el ganador, desbancando al favorito, el número 2, "Rayo del Espacio", tripulado por el intrépido Bart Clausing, quien tendrá que conformarse con el segundo premio. El tercero parece será para el valiente Perry Mollison, número 10, con "Lanza Negra". Puede decirse que los demás están francamente derrotados y solamente les quedará el honor, nada pequeño ciertamente, de haber participado en una carrera de tal envergadura, como jamás se ha conocido en la historia del deporte: una carrera en la que la ciencia, la decisión, la técnica y la audacia van unidas indisolublemente. Parece, pues, que será Bill Shekels quien se embolse los cinco millones del premio, además de otros substanciosos ingresos que duplicarán la cifra mencionada, amén de una apuesta privada que, según se rumorea, ha hecho con su más inmediato seguidor, Clausing. Y, a prepósito de apuestas. Los que lo hayan hecho por Bill se "forrarán" si éste gana, y lo hará con toda seguridad, la carrera. El porcentaje es de veinte a tres,y alguno se hará rico, ya que el favorito era "Rayo del Espacio". Pero el "Luna Azul" ha demostrado unas cualidades insospechadas y..."

—¿Por quién has apostado tú, papá? — preguntó Stella, clavando en el rostro de su progenitor su límpida mirada.

Nick Harrison se echó a reír:

—Querida niña...

—Tengo veintitrés años ya, papá.

—Dentro de otros tantos no los confesarás con tanta franqueza, hija —rio de nuevo Harrison—. Todavía me pareces una chiquilla, a pesar de que ya eres una mujer, una deliciosa mujercita. Algún día, cuando menos me lo piense, vendrá un salteador de caminos y me dejará completamente sólo, llevándose lo que más quiero en este mundo.

—¡Papá!—le reprochó ella tiernamente—. No digas esas cosas.

—Está bien. Me has hecho una pregunta, ¿no?

—¡Uhuh!—asintió ella, sacando del bolsillo de los pantalones un paquete de tabaco y encendiendo un cigarrillo, que luego pasó a los labios de su padre. Prendió otro para ella y escuchó la respuesta.

—¿Cómo crees que he llegado a la posición de que disfruto, Stella?

—Pues...—la muchacha titubeó un instante y continuó—. Trabajando, supongo. ¿No es así?

—Cierto, hija. Y no dejándome llevar jamás de los impulsos del corazón, sino de los dictados de mi cerebro. Por lo tanto, mis votos se formulan porque gane Clausing.

—No ganará — repuso decidida Stella —. En cambio yo si tengo corazón y Shekels es mi favorito.Y, como puedes ver, a veces los presentimientos resultan acertados. Va en cabeza.

CAPÍTULO II

Al abrir Bill Shekels los ojos, sintió un intenso dolor de cabeza y un molestísimo zumbido en los oídos. Durante unos momentos permaneció como atontado, sin recordar nada de lo que le ocurriera, hasta que, de repente, sus ojos se posaron casualmente en las palancas de ignición.

¡Estaban cerradas! ¡Los motores no funcionaban y la astronave vagaba por los espacios con rumbo indeterminado!

Los recuerdos afloraron a su mente de súbito. Algo había pasado en el aparato que había provocado, ¿una simple avería?, ¿una catástrofe? Le costaba recordar.

¡Ah! Ahora lo recordaba. Uno de los tubos propulsores se había cegado. Los gritos de su mecánico jefe pidiéndole cortara todos los gases. Su mano había volado por encima del tablero de instrumentos, no tan veloz que uno de los tubos laterales no despidiera un chorro que les hiciera perder el rumbo. Le pareció también hacer oído gritos antes de desmayarse, pero no estaba muy seguro de ello. Aquella sensación auditiva se había confundido en su cerebro con las nieblas de la inconsciencia.

Debía salir de dudas. No podía continuar un momento más en aquella situación y para salir del paso, tomó el micrófono:

—¡Antonio! ¡Antonio!

Le pareció que su mecánico tardaba un siglo encontestarle. La voz era floja, débil, como si hubiera sufrido algún percance.

—¡Hola, Bill! ¿Cómo te encuentras?

—Yo, bien. Un poco atontado aún, pero me estoy reponiendo. ¿Y tú?

Molido, chico. Como si me hubieran dado una paliza.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Antonio? Me pediste que cortara los gases, el aparato empezó a bailar una conga y... bueno, ya no sé nada más.

—Uno de los tubos se cegó. Afortunadamente los gases pasaron, antes de que cerraras la ignición a un escape lateral, lo que evitó una explosión segura, Pero nos hizo desviarnos notablemente de nuestra ruta. Al menos eso calculo yo.

Un sudor frío cubrió la frente del piloto. ¡Era cierto! Ocupado con la avería, no se le había ocurrido siquiera echar un vistazo al exterior.

Y no le hacían falta ninguno de los aparatos de control para ver que no se hallaban ya en su órbita, en la órbita que les llevaría al codiciadísimo premio de los cinco millones de dólares. El satélite tendría que verse redondo completamente y con un tamaño mucho menor que el que poseía actualmente. Apenas se hallarían a ocho mil kilómetros de la superficie de la Luna, cuando debían estar a veinte mil kilómetros al menos. Pero, entonces, ¿cuánto tiempo había durado su pérdida de conocimiento?

—¡Antonio! —volvió a llamar.

—¿Qué hay?

—Tú estás bien, pero, ¿y los demás? ¿Sabes algo de ellos?

—No. Yo también me desmayé. La cosa ocurriócuando empezaba a soltarme las correas de seguridad. Menos mal que sólo había aflojado una. Aún así tengo en la cabeza un respetable chichón que no he podido evitar.

—Está bien. Quédate ahí mismo y averigua lo que puedas acerca del estropicio. Yo voy a ver qué ha sido de la tripulación.

Desprendióse de sus ligaduras. Con esfuerzo pudo ponerse en pie y estuvo a punto de caer al suelo, presa de repentino mareo. Pero, haciendo un par de profundas inspiraciones, se recobró y, aunque no tenía todavía muy seguros los pies, caminó hacia la salida de la cabina.

Pasó al cuarto de navegación. Tufts se hallaba allí sentado, pálido, con la cabeza inclinada sobre el pecho. A Bill le bastó ponerle una mano en la carótida para convencerse de que su pulso era completamente normal. Quedó tranquilo, pues, por esa parte. "Ya se recuperaría", pensó. Ahora lo que interesaba era ver al resto.

Quedaban Perkins, Sandeyron y McKay. Mejor dicho, solamente los dos primeros. Del último no quedaba nada. Perkins lo explicó.

—No sé cómo ocurrió la cosa. Oímos primero los alaridos de Urdíales. Luego todo empezó a bailar. McKay ya se había puesto en pie, rebasada la curva. Decía que tenía ganas de fumar y que se le había olvidado el paquete de cigarrillos. No lo llevaba encima,

Perkins calló un momento. Aún siendo un hombre avezado, aún habiendo visto mucho en el transcurso de su azarosa carrera de tripulante de naves espaciales, lo que había presenciado era demasiadohorrible para que no estuviera todavía harto impresionado.

—Yo empezaba a quitarme las correas. Sandeyron, no sé lo que estaba haciendo. Sin que, al parecer, hubiera el menor motivo, McKay

comenzó a volar. No iba muy aprisa, al menos eso creía yo. Pero de repente, tocando la pared con suavidad, empezó a convertirse en una plancha sangrienta. Abrió mucho los ojos. Debió darse cuenta, aunque sólo fuera durante una décima de segundo, de lo que le estaba pasando, mas ya no tenía remedio la cosa. No sé siquiera si gritó, porque apenas debió tener tiempo para ello. Yo perdí el conocimiento, Sandeyron también, supongo. Cuando abrí los ojos... Bueno, ya lo está viendo, jefe.

Las manchas se extendían por todas partes, en trágico esparcimiento, que indicaba de sobra el horroroso fin que había tenido el infeliz McKay.

Tragó saliva Bill. Estremecido de espanto, apartó sus ojos de aquella ruina humana, que unos momentos antes había sido uno de sus mejores, no sólo amigo, sino colaborador, y al fin tartamudeó:

—Habrá... habrá... que recoger los... los restos...

Perkins se adelantó:

—Ya lo haré yo, Bill —dijo—. Tú ocúpate del gobierno del aparato. Con Urdíales podéis averiguar de qué se trata la avería.

Salió Bill de aquella estancia, angustiado, desmoralizado. Pero trató de reponerse. Se encontraban flotando en el espacio y habían de averiguar cuál era su posición.

La supo en seguida, apenas consultó los aparatos. Y aunque no lo hubiera hecho, también se hubiera enterado, porque súbitamente, la luz del sol que penetraba por una de las lucernas, se apagó, y la visión del satélite desapareció.

Comprendió rápidamente de qué se trataba. Perdido el rumbo, estropeados los mecanismos impulsores, habían caído sobre la influencia de la Luna. ¡Estaban describiendo una órbita circular alrededor de ella! No hacía falta ser un lince en astronáutica para darse cuenta del aprieto en que se hallaban metidos.

—¡Tufts! — llamó .

—¿Qué hay, Bill? — inquirió éste.

—Dame comunicación con el Control Lunar de Carrera. Tenemos que hacer algo para salir del atasco.

—Ahora mismo lo intentaré, Bill. Descuida.

Pero no fue el Control de Carreras el que surgió en la transmisión, sino un vozarrón irónico, que llenó con los ecos de sus estentóreas frases todo el ámbito del navío sideral.

—¡Hola, Bill Shekels! ¿Qué te ha ocurrido?

Shekels soltó un enérgico reniego.

Clausing continuó con sus carcajadas, haciéndole a Bill el efecto de que resonaban en todo el ámbito espacial.

—¡Vamos, vamos, Bill Shekels! No hay para ponerse así. ¡Ah! Y, a propósito, ¿dónde están tus chorros? Antes tú veías los míos, pero ahora no conseguiría ver los de tu astrocacharro ni aunque tuviera aquí el telescopio de Monte Palomar.

—¡He tenido una avería! —masculló furioso Bill.

—¿Una avería? ¿No habíamos quedado en que esa lata de conservas llamada, por ti, naturalmente,con toda pomposidad espacionave, era el prototipo de la perfección.

—¡Déjate de sandeces, Bart! He tenido un muerto a bordo y no estoy para bromas.

Hubo un breve instante de silencio, y luego Clausing murmuró:

—Chico, lo siento de veras. Ignoraba...

—Está bien. Y ahora, por favor, déjame la comunicación libre. Tengo que hallar el Control de Carrera.

—Adiós, Bill. Que encuentres pronto el remedio — se despidió Clausing y, apenas lo habla hecho, cuando Tufts anunció:

—Control de Carrera al habla, Bill.

—¿Qué le ocurre, Shekels? — le preguntaron.

—He tenido una avería. Un tubo propulsor cegado y un hombre muerto. Estoy sin gobierno, describiendo una órbita circular alrededor de ustedes. No me atrevo a utilizar los motores de nuevo, no sea que me revienten.

—Muy bien, Shekels. Le enviaremos un remolque en el momento en que se halle a nuestra vista.

—Gracias. Estaremos al tanto.

Cortó la comunicación externa, utilizando al momento el micrófono de la red interior.

—Voy a ponerme el traje de vacío — dijo—. He de estar preparado para cuando nos llegue el remolque, a fin de enlazar el cabo. No nos faltaba más que esto.

—Sí — repuso lúgubremente Tufts —. Me veo vendiendo manzanas en el Parque Central.

Una hora más tarde, Bill se hallaba sobre la superficie de la nave. Al pasar, despegándose fuertemente cuando tenía que alzar cada pie, levantando las suelas imantadas, que impedían su escape de la nave, por junto a uno de los tubos laterales de impulsión, vio algo muy feo. Bordes quemados, retorcidos, agrietados, planchas levantadas, todo ello le hizo estremecerse por segunda vez aquel día. No quiso ni acercarse a los tubos de popa. Debían ofrecer un aspecto desconsolador y ya tendría tiempo de verlos más adelante. Ahora le importaba más el remolque, que ya se veía en la misma órbita, a cortísima distancia.

La nave de salvamento era pequeña, pero de gran potencia impulsora. Se colocó a cien metros de distancia, decelerando hasta adquirir la misma velocidad que la siniestrada, y por su receptor portátil, adosado a la escafandra, Bill escuchó la voz del piloto del remolque:

—¡Shekels, atención! ¡Le largo el cabo!

—¡Está bien! Le aguardo.

No onduló siquiera. Como sí una mano invisible trazara una brillante recta en el negrísimo encerado del espacio, el cable, tenso, tirante, se desenrolló velozmente, tocando con el costado de la astronave con ruido metálico, que Bill percibió a través del contacto de sus píes con el metal. Tomó aquel extremo y lo llevó hasta el punto donde, desde el interior, se había proyectado el electroimán y le bastó dejarlo allí para que, inmediatamente, el remolcador sideral iniciara su marcha, rumbo al satélite.

No pudo por menos de sonreír Bill al presenciar el espectáculo. En la posición en que se hallaba, se encontraba cabeza abajo y parecía como si la Luna estuviera encima de él, ascendiendo las dos naveshacia el satélite. Curiosos efectos que desaparecerían apenas estuvieran a escasos kilómetros de la superficie de aquel plateado globo, que derrochaba la luz recibida del sol, iluminando vívidamente todos cuantos objetos tocaba con sus rayos.

El color plata del satélite se fue transformando lentamente a medida que se acercaban.

* * *

El locutor continuaba desgranando sus noticias acerca de la carrera. Millones y millones de personas, no sólo en los Estados Unidos, sino en todo el resto del mundo, donde la primera competición sideral había despertado inusitado interés, casi tanto como el primer viaje de un ingenio habitado por seres humanos al satélite, estaban pendientes de las palabras del invisible personaje, traducidas inmediatamente a

los distintos idiomas de aquellos países a los que era retransmitida la carrera, por medio de estaciones espaciales, girando a diversas alturas sobre el globo.

—"..."Luna Azul" ha terminado ya su viraje alrededor de su homónima, y enfila la línea recta que, a no dudarlo le llevará al triunfo indiscutido ahora, aun cuando antes le haya sido discutido por los más incrédulos que no tendrán otro remedio que inclinar su cerviz.,. y manejar su pluma sobre el talonario de cheques. ¡Véanlo, véanlo, señores televidentes! En la parte inferior de la pantalla, el puntito luminoso de mayor tamaño. ¡Ese es Bill Shekels, todo un piloto del espacio! No hay nadie como.,. ¡Caramba! ¿Qué le ocurre a Bill? ¡Vamos,chico, no te desanimes! Algo pasa, no lo duden. Algo le ocurre en su fantástico cohete. Titubea, vacila. Parece como si hubiera perdido el rumbo... Se desvía... ¡Bill!... ¡Oh!—exclamó decepcionado el locutor—. El "Luna Azul" se ha salido de su órbita y está describiendo una circular alrededor del satélite. Es una lástima, señores. Tenía ya la carrera ganada y los cinco millones en el bolsillo. No sabemos qué es lo que le ha podido ocurrir, aunque intentaremos ponernos en contacto lo antes posible con el Control Lunar de Carrera, para que nos informe sobre la más sensacional derrota que acaba de tener lugar. Nada ni nadie puede impedir ya el triunfo de Clausing, cuyo "Rayo del Espacio", no puede tener ya competidores y..."

Stella Harrison se encontraba sentada, en el suelo, con las piernas cruzadas a la usanza árabe, frente la pantalla y escorzó el busto, para estirar un brazo y alcanzar el interruptor del televisor. La imagen se esfumó inmediatamente, en medio de una sonora carcajada de su padre, que no había podido contener la hilaridad al ver el gesto de malhumor de la muchacha.

—Ya te lo decía yo, querida — continuó riendo el señor Harrison.

—¡Ha debido sufrir una avería!—contestó ella enfurruñada —. De lo contrario, ese zoquete de Clausing no le hubiera pasado en la vida. Shekels es cien veces mejor piloto que él.

—¡Oye, oye, niña! ¿Cómo estás tú tan enterada de las cualidades astronáuticas de uno y otro? Ne te suponía tanta afición a las cosas de la navegación sideral.

De momento Stella no repuso. Simplemente se limitó a enrojecer, y luego abrió la boca.

—Es que antes de apostar quise enterarme — murmuró a modo de disculpa.

—¿Si?

Al señor Harrison le gustaba hacer rabiar a su hija, siempre que podía, en cosas de poca monta. Disfrutaba con que Stella hubiera perdido la apuesta, mucho más que con el dinero que él mismo se embolsaría una vez Clausing cruzara la imaginaria línea de meta, situada a dos mil kilómetros del planeta.

—Pues si te enteraste — siguió el padre de la muchacha—, el que te dio los informes, o no sabía lo que te decía, o te tomó el pelo de mala manera.— y, al decir esto, zarandeó cariñosamente la cabeza de su hija.

—Es la primera vez que una corazonada me falla— frunció ella la adorable boquita.

—Por eso yo aposté sobre seguro, como te dije antes. En mis negocios hago siempre lo mismo. De lo contrario, tú y yo andaríamos ahora pidiendo, limosna— sonrió el padre, que concluyó—: ¡Ea! No hablemos más del asunto.

Conectó de nuevo el televisor, en el mismo momento en que la voz del locutor exclamaba:

—"...Nos comunican que el aparato número 10, "Lanza Negra", pilotado por Perry Mollison, ha estallado, desintegrándose instantáneamente, sin dejar el menor rastro. Control Lunar de Carrera informa que las causas de la explosión son desconocidas, aunque se supone que quizá una elevada presión en la conducción del reactor a las toberas..."

Les interrumpió la entrada de un ceremonioso mayordomo, cuyos pasos amortiguados por la espesa alfombra no habían percibido. A pesar de vivir en los finales del siglo, en algunas cosas, como en aquel detalle el señor Harrison, se sentía ligeramente anticuado.

— ¡Ah! ¿Es usted, Bates? — murmuró el financiero—. ¿De qué se trata?

—Un caballero desea verle, señor. Dice llamarse Thomas F. Quinton, y el asunto que le trae de sumo interés para ustedes dos.

—¿Thomas F. Quinton? — monologó para sí Harrison—. Es la primera vez que escucho ese nombre. ¿Y tú, hija? ¿Te dice algo?

Stella, todavía sentada en el suelo, se limitó a hacer un simple movimiento, encogiendo los hombros, harto significativo por demás. Bates, el mayordomo, desvió su mirada de la muchacha y aguardó la decisión del señor Harrison.

—Muy bien — dijo éste—. Hágalo pasar. Veamos en qué consiste ese asunto que no admite la menor demora.

—Al momento, señor — y Bates se volvió, para, diez segundos más tarde, abrir la puerta a un caballero, que avanzó decidido hasta el centro del amplio "living".

—El señor Harrison, supongo, ¿no?

—El mismo. La señorita en una postura tan poco correcta es mi hija Stella. Habremos de disculparla. Está enfadada, porque su favorito ha perdido la carrera.

—A una mujer tan bella se le pueden disculparmuchas cosas — elogió versallescamente el recién llegado al mismo tiempo que rendía una inclinación de cabeza hacia la muchacha, que replicó con otra, apenas notada, sin contestar palabra.

—Su mayordomo — continuó Quinton—, ya les ha dicho mi nombre. También les ha dicho que se trata de un negocio urgente.

Harrison frunció el ceño levemente ante las palabras de Quinton, y Stella dejó que sus ojos despidieran una leve chispa de interés. El primero habló:

—Mi hija, aquí presente, será un día la directora de mi firma. Es lógico, pues, que ella esté enterada de todos mis asuntos financieros, por lo que le ruego hable en su presencia sin el menor embarazo. No tengo, ni he tenido nunca, que ocultarle nada de mis negocios.

—Todo el mundo conoce su honradez, señor Harrison. Y, puesto que usted lo quiere...— suspiró y se lanzó por el camino de la exposición del asunto que le traía allí, para, diez minutos más tarde, encontrarse en la puerta del "living", conducido hasta allí por un encolerizado Nick Harrison.

—Dé gracias a la presencia de mi hija. De otra forma no saldría usted tan bien librado.

Quinton sonrió desdeñosamente:

—Es de lamentar su obcecada actitud, señor Harrison. Muy de lamentar. Confiaba en usted, pero me defraudó.

—¡Basta ya! ¡Largo de aquí! — rugió el padre de Stella, cuyo rostro se congestionaba por momentos.

Aparentemente, los ojos de Thomas F. Quinton eran tranquilos y hasta apropiados para confiar en él solamente por una mirada, pero en esta ocasióndespedían chispas, a pesar de que su educada sonrisa indicaba todo lo contrario:

—Tendrá noticias mías, señor Harrison. Y antes de lo que usted se figura.

Aún tuvo tiempo Quínton de hacer una inclinación de cabeza en dirección al lugar en que se encontraba la muchacha, todavía sin variar de posición. Pero ella fijó los ojos en el techo, estudiándolo cuidadosamente, a pesar de que hacía veintitrés años que lo conocía. Y el visitante, sin pronunciar ya ninguna palabra más, volvió a sonreír desafiadoramente a Harrison. Luego, dio medía vuelta y salió de la habitación.

CAPITULO III

No era muy grande el barracón. Apenas mediría una docena de metros de largo, por la mitad de ancho, y aquello era todo cuanto constituía las edificaciones del astropuerto particular de Bill Shekels.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, con la vista perdida en el infinito, se hallaba éste junto a una ventana, cuyos cristales apenas si dejaban ver el panorama, oculto tras la espesa cortina de la lluvia que caía mansamente, mezclada con una espesa neblina que difuminaba los objetos, alargando sus formas, haciéndolas fantasmales, convirtiéndolos en objetos irreales, no pertenecientes al planeta.

La expresión de Bill era sombría. Se hallaba en franca bancarrota. Perdida la carrera, había perdido todas sus esperanzas de rehacerse de los cuantiosos dispendios que tuviera que hacer para participar en ella. Aún recordaba, por no hablar de otras cosas, la serie de equilibrios que tuvo que hacer para reunir los cien mil dólares, necesarios como derechos de inscripción y que, al verse tan apurado para hallarlos, casi le habían hecho desistir de su empeño. Pero, a última hora, su elocuencia había convencido al reacio director del Banco y éste había accedido a concederle el préstamo. ¿Cómo se las iba a arreglar ahora para devolverlo?

Este era uno de los muchos problemas que le bullían en la mente, en tanto contemplaba melancólicamente la mole grisácea, semidifuminada por la lluvia y los celajes de las nubes que se arrastraban lentamente junto al suelo, de su amado "Luna Azul", ahora parado a un kilómetro del barracón, inmóvil, muerto prácticamente.

El cohete, sin reactores, sin depósitos de gas combustible, era ahora un cadáver metálico. Un montón de metal nada más. Y en aquella mole de centenares de toneladas, se hallaban enterradas todas las ilusiones y todas las esperanzas de Bill.

Oyó pasos al abrirse la puerta del barracón. Se volvió y vio media docena de rostros. Parte de sus propietarios eran de los que hicieron con él la carrera. Los restantes eran los que le habían quedado fieles y que pertenecían al personal de tierra, al cuidado del astropuerto.

Pero todos los recién llegados tenían una característica común. Su embarazo. Su dificultad para hablar. Murmuraban entre sí. Algunos de ellos nerviosos daban vueltas a las gorrillas de viseras que tenían entre las manos. Todos se daban codazos unos a otros, como empujándose para tomar la palabra,Bill se supuso instantáneamente lo que querían, pero deseo escucharlo de ellos mismos.

—¿Qué os ocurre, Tufts? — fue a su tercer piloto, que se hallaba en primera fila, al que se dirigió.

Y lo puso en un aprieto. Johnny Tufts carraspeó, miró a un lado y a otro, palideció, tosió, y al fin, un empujón de uno de los que se hallaban tras él lo lanzó al centro y a la oratoria, que más que oratoria fue un tartamudeo continuo, en medio del súbito enrojecimiento que tomó su rostro.

—Mira, Bill... Yo... Nosotros... Bueno, comprenderás que... En fin, tal como... como están las cosas... Verás, mi esposa me pide dinero... Si yo fuera soltero, no me importaría, pero por no escuchar a June... Hazte cargo, Bill... Yo...

—Entendido, Johnny — repuso Bill compasivamente. Comprendía perfectamente los problemas de aquellos hombres. No podía pagarlos y no podía alimentarlos a ellos y a sus esposas con ilusorias promesas de un más que remoto mejoramiento de la situación.

—Bien, chicos — se metió una mano en el bolsillo del pantalón y extrajo de él un no muy grueso fajo de billetes, que alargó a Tufts—: Toma. Es todo mi capital. Sé que os debo mucho más, pero no puedo hacer otra cosa. Repartidlo proporcionalmente entre todos y ¡buena suerte! De todo corazón os la deseo mejor que la mía. ¡Adiós! —y se volvió para no verlos.

No los despreciaba. En todo caso, compadecerlos, pero ni aun eso. Había que considerarlos como lo que eran: simples seres humanos, con todas sus ventajas y sus defectos; con todos sus problemas.

—Gracias, gracias — exclamó calurosamente Tufts—: Siempre lo dije. Tú has sido el mejor jefe que tuvimos, y no volveremos a encontrar otro como tú. Si algún día... ¡ejem!, si algún día mejoras de situación...

Se volvió Bill por última vez, sonriendo melancólicamente:

—Gracias, Tufts. Gracias a todos. Por lo que hicisteis por mí y, que pese a mis promesas, no he podido recompensar como quisiera.

Salieron los que ya eran sus ex empleados, murmurando las clásicas frases de despedida, y Bill se enfrascó de nuevo en la contemplación del monótono paisaje. Niebla, lluvia, mal tiempo. Así llevaba varios días, atormentándose, sin hallar una solucióna su problema.

De nuevo oyó pasos a su espalda, pero no giró la cabeza. ¿Para qué? ¿Qué podían pedirle más? ¿Dinero? Ya lo había entregado todo. Ni siquiera sabía dónde cenaría aquella noche.

—¡Hola! —dijo la voz de su mecánico jefe, Urdíales.

—¡Hola, Antonio!—repuso Bill—: ¿Qué haces aquí? Entregué todo mi dinero a Johnny para que lo repartiera entre los pocos que todavía os manteníais fieles y...

—Yo no lo quiero, Bill — repuso decidido el español, y las inesperadas palabras hicieron girar en redondo al piloto, que contemplo, con aire de asombro a su interlocutor.

Se fijó en el aspecto de Antonio Urdíales. Mediana estatura, fornido, ojos que denotaban vivísima inteligencia, aumentada la apariencia de sabiduríacon la plata de las sienes, y un rostro que expresaba decisión y lealtad hacia el amigo.

—Yo me quedo contigo, Bill — repitió Urdíales —. Sé que te has quedado sin un céntimo, pero también sé, y lo digo porque tengo una fe ciega en ti, que te reharás, participarás en la próxima carrera, dentro de un año, y te harás con el premio.

Bill no pudo por menos de soltar una amarga carcajada:

—¡Tú deliras, Antonio! ¿Quieres decirme de dónde voy a sacar todo el dinero que me hace falta para construirme otra nave? Lo primero hay que buscarlo. ¿Lo hallarás? ¿Quién lo sabe? Que es tanto como decir que no. Ni siquiera sé dónde comeré esta noche. Me he quedado sin un céntimo, Antonio. Esta es la realidad.

—Por ello no te preocupes. Aún me quedan a mí unos cuantos dólares. Creo que podremos resolver nuestra situación por unos días y...

—Esperemos que mientras tanto hallemos algún empleo adecuado a nuestras posibilidades en la sección de anuncios del periódico — sonrió Bill. Parte de la niebla que cubría su espíritu se había disipado. Todavía le quedaba un amigo fiel, y ello era un tesoro inapreciable.

Quiso reemprender la conversación, mas en aquel momento, un automóvil, surgiendo de la cortina de lluvia y nubes rastreras, frenó, resbalándole las ruedas en el cemento del astropuerto. Un hombre saltó de él y atravesó corriendo el espacio, contemplado con curiosidad por los compañeros en la desgracia.

El hombre penetró de un salto en la reducida habitación y se sacudió el agua que le goteaba por todas partes, como un perro recién salido de uncharco. Gruñó:

—¡Caray, con el tiempecito éste! —y luego murmuró a los dos ocupantes del barracón, que, a su vez, lo contemplaban con curiosidad —: ¿Bill Shekels?

El requerido dio un paso al frente:

—Yo soy — declaró—: ¿Qué es lo que quiere?

Del bolsillo del impermeable del recién llegado salió un papel alargado, doblado en dos o tres pliegues, que alargó al piloto:

—Un mandamiento de embargo judicial. El Banco que le hizo a usted el préstamo es el dueño ahora de todo esto. Usted no podrá sacar ni tocar nada del astropuerto, así sea un simple lapicero, sin permiso del juez. Les ruego no se enfaden conmigo. Yo soy simplemente un agente judicial y no obtendrán nada con insultarme. Dentro de cuarenta y ocho horas deberán personarse ante el Tribunal para alegar los motivos que tienen para no devolver el préstamo. También deberá declarar si posee algunos otros bienes susceptibles de ser embargados.

El agente del Juzgado disparó su retahíla, de un solo tirón, sin detenerse, demostrando con ello su larga práctica en tales menesteres. Dio media vuelta y ya tenía el pomo de la puerta en la mano, cuando una voz de Bill lo detuvo:

—¡Eh, amigo! ¡No tan de prisa! ¿Puede contestarme a una pregunta?

El hombre los miró, arrugando sus párpados, consuspicacia:

—Dispare pronto, tengo mucha prisa — mascullo.

Bill se fue hacia la percha tomando dos sombreros y dos impermeables. Arrojó una pareja dedichas prendas a Urdíales, encasquetándose las restantes, notando las inquisitivas miradas del agente:

—Supongo que las ropas de vestir no estarán incluidas en el embargo, ¿verdad? — y antes de que el asombrado satélite del juez tuviera tiempo de responder, cogió de un brazo a su mecánico, pasando por delante de él—: Vamos, Antonio. ¡Ah! —le entregó el mandamiento—: Aquí tiene usted. Puede quedarse con todo lo que hay en el astropuerto.

Media hora más tarde, cuando las luces ciudadanas pugnaban ferozmente por horadar, además de la niebla, la noche, Urdíales dijo algo sensacional, sin concederle la menor importancia:

—Bill, la avería del cohete no fue ocasional, sino intencionada.

Y Antonio Urdíales no supo si el bote que dio su amigo en el asiento fue causado por el asombro que le había producido la inesperada revelación, o por un bache imprevisto que el conductor del taxi no había sabido evitar.

* * *

Stella Harrison era tan testaruda como su padre, y cuando se le metía una idea en la cabeza, era dificilísimo, por no decir imposible, hacerla desistir de su empeño. Por ello, a las pocas semanas del final de las Primeras Quinientas Mil Millas del Espacio, ganadas limpiamente por Bart Clausing, quien, justo es decirlo, resultó enormemente favorecido por el impensado y del todo forzoso abandono de Bill Shekels, Stella, después de haber ordenado, a espaldas de su progenitor, una serie de cuidadosas investigaciones se lanzo a la calle.

No quiso tomar ningún coche. Utilizó los medios corrientes y vulgares de locomoción, como el subterráneo, y luego, cruzando unas cuantas calles, azotadas intensamente por la lluvia que persistía sin descanso, se encaminó a cierto lugar en el que esperaba hallar a la persona buscada.

Al mismo tiempo, Bill, acompañado de su fiel e inseparable Antonio, abría la puerta del "Halcón de las Estrellas", título demasiado pomposo para el establecimiento.

Bill empujó la puerta, murmurando irónicamente:

—¡Oh, pasados tiempos de opulencia! ¿Dónde estáis? ¿Dónde se fue aquel nadar en la abundancia? ¿Dónde...?

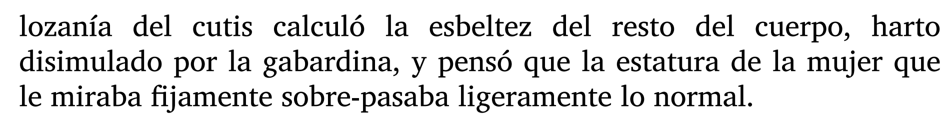
—Aquí nos servirán un filete y un par de huevos por cuatro cuartos — masculló Urdíales, cortándole la inspiración—. Lo demás, ya pasó. Olvídalo.

—Si, tienes razón, mi buen Sancho. — Bill no perdía el humor, aunque los primeros días después de su regreso del satélite hubiera andado como gallina recién mojada. Pero procuró no dejarse abatir más.

Así, pues, atacó con brío la cena, ofrecida por el que le estaba socorriendo en aquellos días de franciscana pobreza, y ya estaba en su epílogo, tomándose una taza de café, cuando sintió la presencia de una persona frente a él.

De momento no vio otra cosa que un impermeable, de discretos tonos, completamente inmóvil. Luego, al llevarse la taza a los labios, divisó al propietario de la prenda contra el agua y respingó.

La capucha calada no conseguía ocultar toda la fascinadora belleza del rostro de la mujer que teníafrente a sí. Vio unos ojos pardos, un delicado ovalo, en el que los labios, sin apenas retoque, ponían un delicioso tono rojo, y una nariz lo suficientemente apartada, muy poco, de las proporciones clásicas, para aumentar la hermosura del rostro, evitándole así una expresión demasiado hierática. Por la


lozanía del cutis calculó la esbeltez del resto del cuerpo, harto disimulado por la gabardina, y pensó que la estatura de la mujer que le miraba fijamente sobre-pasaba ligeramente lo normal.

—¿Y bien? — preguntó Bill, dejando la taza sobre el platillo. Urdíales aún habló menos.

—¿Les molesta que me siente junto a ustedes? — la voz era suavemente pastosa.

—Por nuestra parte, encantados. Así como así hacía tiempo que no gozábamos de una compañía tan selecta. Pero mucho me temo que la invitación no esté de acuerdo con su categoría, señorita...

—Harrison, Stella Harrison — repuso ella—: Quizá hayan oído hablar de mi padre.

—¿Harrison? — Bill miró, como consultándole, a Urdíales, y éste bajó y alzó la cabeza sucesivamente, diciendo tres únicas palabras, demasiado certeras, pese a su laconismo:

—Dinero. Mucho dinero.

Un ligero carmín subió hasta las mejillas de la muchacha, para desaparecer en seguida. Stella continuó:

—Le necesito, señor Bill Shekels.

—¿A mi? —se encogió de hombros—: Antonio, dame un cigarrillo.

—No —el español derrochaba el aliento.

Bill aceptó sin él menor empacho el paquete queella le ofrecía. Encendieron los tres sendos pitillos,

—Bien, usted dirá qué es lo que ha visto en mí, que precisa de los servicios que pueda ofrecerle. ¿Se ha dado ya cuenta del estado de nuestras finanzas?

—Sé todo lo concerniente a usted, señor Shekels. Sé que su aparato tuvo una avería inesperada...

—Sabotaje — cortó Urdíales, quemando medio cigarro de una sola inhalación.

—¿Sabotaje? — repitió ella, incrédula; pero Bill

desvió la cuestión.

—Fantasías de mi mecánico. Tiene un espía en cada bolsillo de su traje. Pero prosiga, por favor.

—También sé — continuó Stella—, que le han embargado todo su caudal, por no pagar el préstamo del Banco, y que ahora se encuentra

sin empleo y sin un céntimo. ¿Acierto?

—Diana. Diez puntos — gruñó Urdíales, tirando el cigarrillo ya consumido y encendiendo otro.

—Todo lo que usted ha dicho es verdad, señorita Harrison. Sin embargo, no veo la relación que pueda tener...

—Aguarde un momento y déjeme terminar. He de hacerle una proposición y luego resuelva lo que mejor le parezca. Necesito un piloto para una astronave. Buen sueldo y una indemnización para caso de accidente o fallecimiento. Si no tiene bastante con los emolumentos que le ofrezco, señale usted mismo la cifra.

—¿Piloto espacial? Y, ¿puede saberse a dónde quiere viajar usted, señorita Harrison?

—A la Luna — contestó ella simplemente.

—¿A la luna? — Bill se echó a reír sonoramente—: No me diga que contrata a un piloto solamente para que la lleve al satélite. ¿Es que no puede hacer el viaje por una agencia, con toda clase de comodidades, a cubierto de todos los riesgos?

—Todo eso lo sé de antemano. Pero odio lo gregario, no tengo espíritu de rebaño, como los turistas que viajaban como sardinas en lata dentro de la astronave de turismo.

—¡Ah!—exclamó Bill—: Usted lo que desea es una especie de chófer particular, que la lleve donde usted le parezca. Vamos al Mar de las Crisis, Shekels. Y ahora llévеme al cráter de Copérnico. ¿Damos una vuelta por la cara obscura? — El amargado piloto hizo una parodia de millonaria aburrida, sin la menor compasión, sin reparar que la sangre afluía al hermosísimo rostro de su interlocutora, en cuyo pecho comenzaba a hervir la indignación—: No, señorita Harrison. No cuente conmigo para desempeñar tal papel. Estoy muy bien como estoy. Y, ahora, lárguese. Deseo acabar en paz mi cena

—¡Pero, Bill!—intercedió Urdíales—: Piensa en el sueldo. Piensa...

Su amigo lo miró con ironía:

—No te conozco, Antonio. Hablas demasiado.

Stella procuró dominar su rabia. Se puso en pie, tomó el bolso, lo cerró de golpe y miró con ojos llameantes a Bill:

—.¡Es usted un...! ¡Oh! ¡Estúpido pretencioso...!

Bill meneó la cabeza de derecha a izquierda, como lamentándose:

—Señorita Harrison, la cólera no es el mejor de los sentimientos.

¿No lo sabía usted?

Stella lo miró una vez más. Movió los labios como si quisiera soltarle una andanada, pero la oportunallegada de otra persona la contuvo. Instintivamente dio un paso atrás al reconocer al recién llegado, que, ceremoniosamente, como si se encontrara en los salones de la Corte de España, y no en un tabuco neoyorquino, se inclinó ante ella, doblando casi en ángulo recto el espinazo, mientras murmuraba:

—¡Señorita Harrison! Celebro infinito el poder contemplar de nuevo su adorable rostro.

Ella no intentó evitar la ironía que le afloró instantáneamente a los hermosos labios:

—Yo no puedo decir lo mismo. Me supongo a lo que viene usted, y le deseo mejor suerte que la mía.

La sonrisa de Quinton, aunque cortés, era deliberadamente desafiadora:

—Mi querida señorita, para ciertos... negocios, digámoslo así, los hombres nos entendemos con los hombres mucho mejor que las mujeres, aunque una de éstas sea la competente hija del financiero Harrison. Allí donde ha fracasado usted, yo triunfaré.

Pero ella no le contestaba. Dio media vuelta y ya empezaba a marcharse, cuando una voz la hizo detenerse:

—¡Eh! Que se deja usted el tabaco — sonrió Bill, sin procurar disimular su sarcasmo.

Entonces ella hizo algo extraño. Cogió el paquete de encima de la mesa y lo arrojó al rostro del piloto sideral, quien no pudo evitar una sonora carcajada, que hizo enrojecer más todavía, si ello era posible, el rostro de Stella, que se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Bill miró al recién llegado y no le dio tiempo a hablar:

—¿Usted también necesita un piloto?

Quinton sonrió mefistofélicamente. Se sentó a horcajadas en la silla que acababa de abandonar la hija de Harrison, y dijo una sola palabra:

—Sí.

—¿Cree que yo aceptaré ese empleo?

—Sí.

El tono de Quinton, quien, por otra parte, aún no había declarado su identidad, era firme, como si ya tuviera la cosa decidida de antemano.

—Parece usted muy optimista, amigo — entornó los ojos Bill.

—Lo soy... cuando hay motivos como ahora. Sé que usted es el mejor piloto del espacio y lo necesito.

—¿Tiene usted dinero bastante para pagarme? — Shekels no pudo evitar la fanfarronada.

Pero Quinton lo miró con desdén, con infinito desdén, que hizo que en el interior de Bill una voz se levantara súbitamente, advirtiéndole de un peligro inmanente en la persona que tenía enfrente.

—¿Dinero? — rio en tono bajo Quinton, y se metió la mano en el bolsillo, extrayendo de él una bolsita de gamuza, anudada, con una correa que deslizó con deliberada premiosidad. Abrió bien la boca del saquete y luego, con teatral gesto, de un solo golpe, la vació sobre el nada limpio mantel.

Poca luz había en aquel rincón, pero de repente brotaron de aquellos pedruscos que, no obstante, no estar aún tallados, mostraban una pureza y una limpidez de aguas inimaginables.

Urdíales resumió, con una sola palabra, al ver aquellas enormes piedras, el asombro de Bill y el suyo propio:

¡ DIAMANTES!

CAPÍTULO IV

Bill echó al aire, sopesándolo con ojo crítico, uno de aquellos enormes pedruscos, y pareció que un rayo de luz y fuego cruzaba el aire. Después miró a su interlocutor:

—Aún no sé quién es usted, ni cómo se llama.

—Mi nombre es Quinton, Thomas F. Los demás datos no creo le interesen, a no ser que le voy a entregar un mes de paga por adelantado. — Y mientras decía esto arrojó un grueso fajo de billetes sobre la mesa—. Cójase veinticinco.

Bill tomó el paquete de dinero y, despacio, uno por uno, humedeciéndose con frecuencia el pulgar, contó los veinticinco billetes de mil dólares. Luego extrajo veinte más y devolvió el resto a Quinton, que abrió los ojos asombrado.

—He dicho veinticinco nada más. Usted ha contado...

—Si. Ya lo sé. Veinte mil. Es la paga de mi mecánico jefe. Antonio Urdíales, aquí a mi lado, por sí no lo conoce

—¡El contrato es para usted solo, señor Shekels! masculló Quinton.

—Está bien — dijo Bill y empujó con ambas manos el montón de billetes, hasta el lugar de Quinton—: Ahí tiene su dinero.

—Loco —gruñó Urdiales, sin añadir más.

—Loco — repitió Quinton —: Loco de remate. Hoy día no puede usted permitirse el lujo de rechazar un empleo, cuyo sueldo de por sí es ya una pequeña fortuna.

—Quizá — sonrió irónicamente Bill—, desconozca el sentido de la palabra amistad. Y Urdíales es mi amigo. Con ello está dicho todo.

—Bueno — rezongó Quinton de mala gana, empujando por segunda vez los billetes a través de la mesa—; Usted gana. Quedan contratados los dos.

—¿Tiempo? — fue Urdíales el que hizo la breve pregunta.

Quinton sonrió indefiniblemente:

—Yo no haría tal pregunta. El sueldo mismo lo impide. ¿Qué les importa un mes, un año o cinco? Mientras sigan cobrando, ustedes trabajarán para mí.

—La cosa no está mal, en teoría al menos — repuso Bill—. Ahora supóngase que nos deja plantados en Marte. ¿Qué sería de nosotros?

Quinton se echó a reír:

—Todavía no se ha llegado allí... cuando menos los particulares. Por ahora está prohibido el viaje a todo el que no vaya en misión científica o autorizada por el Gobierno. No teman, pues. Iremos mucho más cerca. A un lugar en el que usted estuvo hace pocas semanas.

—¿A la Luna?

—Usted lo ha dicho, Shekels

—No me irá a decir que allí se han descubierto yacimientos de diamantes., ¿verdad?

De nuevo Quinton volvió a sonreír de una manera enigmática, en tanto recogía las piedras preciosas, desparramadas por la mesa. Luego encendió un cigarrillo y, tras echarse al bolsillo el pequeño saquete de gamuza, se levantó:

—Adiós, señores. Dentro de muy pocos días tendrán noticias mías.

Thomas F. Quinton se marchó dejando a dos asombrados amigos tras él, contemplando estupefactos la montaña de dinero que les habían entregado.

— ¡Santo Cielo! — exclamó Urdíales, perdiendo por una vez su habitual laconismo—: Es la primera vez que veo a un Creso andar por la calle.

—Igual me ocurre a mí, Antonio; pero no por ello nos vamos a quedar aquí como dos pasmarotes. Anda, paga del dinero que te quedaba la cena y larguémonos inmediatamente a buscar un hotel decente, de los de película. Necesito un buen baño, y en el "Lunaria", además del baño, nos vestirán de pies a cabeza como corresponde a nuestra nueva categoría. No seas roñoso, que te conozco, Antonio.

Urdíales refunfuñó algo que no entendió su amigo y, tras abonar la cuenta, se calaron sus impermeables y salieron a la calle. Bill se quitó el sombrero, dejando que el agua le resbalara por el rostro.

—Antonio, ya soy otro. ¡Veinticinco mil dólares mensuales! ¿Te das cuenta? Con dos años de trabajo puedo ahorrar medio millón largo y emprender de nuevo la construcción de una segunda "Luna Azul" de carrera. No iremos a las Segundas Quinientas Mil Millas, pero sí alcanzaremos las Terceras. Y entonces... ¡entonces sí que el premio será para nosotros!

—Si no te hacen otra faena como la de la vez anterior — rezongó Urdiales.

—¡Calla, pesimista —le recriminó Bill—: ¡Eres capaz de hacer perder la risa a una gárgola de Nótre Dame de París.

Echaron a andar los dos sin importarles grancosa la lluvia que charolaba el asfalto. Bill hablaba y hablaba, con garrulería, escuchado pacientemente por su amigo, que asentía de vez en cuando.

El "Halcón de las Estrellas" estaba situado en el centro de un intrincado dédalo de callejuelas, desiertas a aquellas horas. La inagotable charla de Bill, rebosante de optimismo, les impidió escuchar los pasos de tres hombres que les seguían, así como las palabras que se cruzaban entre ellos, en voz baja:

—¿Estás seguro, "Patas"?

—Lo vi con mis propios ojos, estúpido. Estaban sentados en una mesa. Se les acercó una señorita — ¡vaya chica guapa! —y al medio minuto se marchó ofendida. Después, bueno, casi en el acto, vino otro tipo y estuvo hablando con ellos un cuarto de hora largo. Les dejó un montón de billetes de mil.

—Me parece, "Patas", que el licor te hace ver más ceros de los que había en los billetes... si es que había ceros... y billetes —dijo el tercero sarcásticamente.

—Esta bien. Largaos y dejadme. Yo solo me basto para "liquidar" a esos dos tipos. Así no tendré que repartir más de cuarenta mil dólares con un par de idiotas como vosotros.

—¡Cuarenta mil dólares!—repitieron los "idiotas" al unísono, estupefactos, y la enormidad de la cifra les hizo olvidar todas sus anteriores prevenciones—: ¿A qué esperamos, "Patas"?

Echaron a correr. El mismo ruido de la lluvia amortiguó sus pasos, que no fueron escuchados hasta que se encontraron a muy pocos metros de la pareja de astronautas, sumidos en los planes futuros.

Se volvieron al unísono. Bill se dio cuenta instantánea de las intenciones de los tres asaltantes y exclamó:

—¿Eh? ¿Qué es eso?

Gruñó el "Patas", sordamente, como un mastín alsaciano:

—¡El dinero, pronto!

—¿Qué te parece, Antonio? — sonrió duramente Bill.

—No — repuso éste escuetamente, y se dispuso a la lucha, pues los tres granujas se les abalanzaron ferozmente.

Bill acogió a "Patas" con un "uppercut" que lo" derribó, haciéndolo

planear de espaldas, resbalando por el húmedo asfalto. Luego cogió al segundo que, ayudando al otro, se había echado con éste encima de Urdíales, puesto que, viéndolo más bajo de estatura, lo habían considerado menos enemigo, pensando en terminar con él rápidamente y luego los tres despachar a Bill en un santiamén, pero las cuentas les habían salido fallidas.

No era muy alto Urdíales, y su aspecto engañaba. Detuvo la mano que ya se alzaba sobre él, con la suya izquierda y disparó la derecha hacia el estómago de su atacante, que se dobló, gruñendo de dolor.

Su imprecación fue cortada por el estremecedor sonido de los dientes al chocar, los de una mandíbula con los de la otra, cuando el puño del mecánico ascendió de nuevo. El sinvergüenza retrocedió trastabillando, pero evidentemente era un hombre de excepcional fortaleza, puesto que había resistido dos impactos capaces de fulminar a un buey y, respirando hondamente, volvió a la carga, al mismo tiempo que sacaba algo del bolsillo, algo que brilló con siniestros reflejos a la luz de los escasos faroles.

Entretanto Bill se las había con el segundo, que no había tenido tiempo de atacar a su amigo. Alto, robusto, de una fortaleza semejante a la de un toro, su contrincante parecía un saco de arena, capaz de resistir y encajar sin el menor pestañeo la serie de golpes que le dedicaba el piloto, decidido a terminar aquella lucha cuanto antes.

Pero también los devolvía y uno de ellos alcanzó a Bill, que no se ladeó a tiempo, en uno de sus hombros, arrojándolo con tremenda furia contra la pared frontera, contra la que chocó dolorosamente su cráneo.

Éste le pareció estallar. Millones de lucecitas multicolores bailaron una frenética zarabanda ante sus ojos y solamente merced a un poderoso esfuerzo de su voluntad consiguió evitar la pérdida del conocimiento. Sin embargo, no pudo conseguir rechazar el aluvión de puñetazos que cayó sobre él, aunque sí logró proteger la cara, pero los flancos le fueron castigados duramente, y las ondas dolorosas se esparcieron rápidamente por todo su cuerpo, haciéndole sentir cruel agonía.

Durante unos momentos soportó, como Dios le dio a entender, aquella tromba de leñazos, porque no parecían otra cosa los golpes que recibía, tal era la dureza de los puños que le castigaban. Y al fin, hubo de recurrir a un ardid para salir de aquel atolladero.

Se arriesgó, porque no le quedaba otro remedio. No veía ninguna salida para la difícil situación en que se hallaba y advirtió que, de seguir así, antesde dos, minutos sería un inconsciente pelele en el

suelo.

En consecuencia, descuidó un tanto la guardia, simulando al mismo tiempo una repentina flojera de piernas, doblándose un poco, con lo que su antagonista sonrió satisfecho, al mismo tiempo que daba un paso atrás, con ánimo de descargar el golpe definitivo.

Esto precisamente era lo que esperaba Bill y así, apenas se vio durante medio segundo libre de la arrolladora presión de su contrario, lanzó, de un modo inesperado para el atracador, su puño derecho hacia adelante.

Ahora fue a éste a quien le correspondió sorprenderse y gruñir de dolor, además, al sentir bruscamente cerrado el ojo izquierdo a consecuencia del brutal contacto contra la cerrada mano de Bill, quien, dándose cuenta de la sorpresa de su antagonista, que ya lo había creído "groggy" o poco menos, se quedó un tanto estupefacto, lo cual fue su perdición, que no pudo evitar.

Fue su perdición porque Bill, reaccionando, se arrojó sobre él, procurando no dejarle el menos respiro. Sus puños cerrados, moviéndose velozmente, como los pistones de un motor, con impulsos perfectamente sincronizados, castigaron duramente aquel degenerado rostro, machacándole la nariz y convirtiéndosela en una masa pulposa.

Aulló el atracador, al sentir en su cara los nerviosos latigazos del intensísimo dolor provocado por los furibundos golpes de su atacado. Pero sus gritos fueron cortados cuando otro puñetazo le partió ambos labios de un golpe, haciéndole salir, conjuntamente con más sangre, unas cuantas piezas dentarias que escupió con ciega furia.

Perdido ya el juicio, se arrojó sobre Bill, agitando ambos brazos como aspas de molino. Pero un enorme directo al estómago lo hizo curvarse sobre sí, y allí acabó la lucha, porque el piloto, entrelazando los dedos de sus manos, las bajó de filo contra aquella nuca, cubierta de hirsutas cerdas, que de tan atractiva manera se le ofrecía, y el granuja, con un espasmódico movimiento, cayó definitivamente sobre la acera.

Entretanto, Urdíales se aprestaba a recibir a su rival, en cuya mano derecha destellaba algo siniestramente, cuya utilidad ni identidad no supo averiguar hasta que sintió sus consecuencias en forma de cruel mordisco en los músculos pectorales del lado izquierdo.

Nunca, ni en los peores momentos, perdía Urdíales su flema habitual, pero aquel innoble ardid le hizo arder en cólera:

—¡Ah, canalla! ¡ Te voy a hacer tragar esa llave inglesa!

Una llave inglesa y no otra cosa era el artefacto que el forajido se

había colocado en las manos. Un utensilio que, hábilmente manejado, podía incluso llegar a ser mortal. Cuatro anillos unidos por la base, en una especie de pomo adaptado a la palma de la mano, sobresaliéndoles sendas puntas en los extremos opuestos, capaces de quebrar la mandíbula golpeada como si del más frágil vidrio se tratará. Pero el granuja no tuvo tiempo de repetir el golpe que, por otra parte, había hecho brotar las lágrimas, precisamente a causa del dolor tan intensísimo queprodujera a Urdíales, quien atenazó la muñeca armada, retorciéndola hábilmente, con un único y seco movimiento, que hizo prorrumpir en alaridos al individuo, que se desinteresó en absoluto de la lucha, porque, agarrándose con la otra mano el hombro herido, echó a correr frenéticamente, sin importarle ya lo que pudiera, ocurrir.

Viendo Bill que su amigo estaba ya libre de peligro, se dirigió hacia el primero que les atacara y que recibiera sus primeros puñetazos. Pero se había recuperado y levantándose, y, viendo que ahora tenia que ser uno solo contra dos rivales, uno de los cuales se había deshecho de él con la mayor facilidad, volvió grupas y echó a correr frenéticamente, perdiéndose de vista apenas dobló la primera esquina.

—Esto ya se ha acabado —jadeó el mecánico—. Larguémonos.

—¡Aguarda!—dijo Bill—. Tengo una sospecha que quiero aclarar.

—¿Sospecha? ¿De qué? — inquirió Antonio.

No contestó el piloto. Arrodillándose, sin importarle el mancharse, se inclinó sobre el inconsciente caído, al que despabiló con un par de bofetadas bien aplicadas. El atracador tosió, escupió, gruñó y al fin, ayudado por el propio Bill, se sentó en el suelo.

Shekels quedó en cuclillas frente a él:

—Amiguito, tú sabes algo. Te supongo tan amable como para decirnos quién os ha pagado para asaltarnos, así como los motivos.

—Yo no sé nada — mascullló el otro.

—¿No, eh?

—No — la respuesta era decidida, férrea.

Bill miró a Urdíales y en los ojos de éste, apareció una leve chispa de humor.

—Déjame a mí —rogó—: Conozco un procedimiento capaz de desatar la lengua al mismísimo Tutankamen.

Algo salió de uno de los bolsillos de Urdíales. Algo que abrió despacio, resonando siniestramente los muelles de la descomunal

navaja española al abrirla las poderosas manos de su propietario. La izquierda asió sin ninguna consideración los cabellos del prisionero, en tanto que la derecha apoyó el acero contra su garganta, haciéndole sentir la presión de su aguda punta.

—Creo que ahora sí que hablarás, amigo — y Urdíales subrayó esta palabra al pronunciarla en su propio idioma,

—Yo no sé nada. "Patas"...

—¿"Patas"? ¿Quién es ese fulano? — inquirió Bill.

—Sólo le conozco por ese apodo. Le llaman así porque las tiene muy cortas. Es el primero que derribó usted.

—Bien, ¿y qué sigue ahora?

—Nos dijo que llevaban encima cuarenta mil dólares al menos y que sería un golpe muy fructífero para nosotros. Por eso les asaltamos. Pero no queríamos matarlos. Solamente atontarlos y luego largarnos con la pasta.

—Con la pasta, ¿eh? — repitió meditabundo Bill, quien de súbito, y sin que el otro se lo esperara, le largó un último y definitivo directo que lo sumió por segunda vez en la inconsciencia.

Se levantó, sacudiéndose las rodillas y dijo solamente:

—Vámonos, Antonio.

Los dos caminaron largo rato en silencio. En parte, porque Bill había perdido, a causa del incidente, su anterior locuacidad, y en parte por que los golpes, que todavía le dolían más de lo conveniente, le hacían callar.

Así andando, llegaron a una arteria urbana más concurrida, en la que tomaron un taxi, que les condujo al "Lunaria".

Su entrada causó sensación en el "comptoir". El empleado, al verlos aparecer por la puerta giratoria, hizo una mueca de asco.

Y en verdad que lo producían. Sucios, rasgadas las ropas, con algunos cortes en la cara, que no sangraban ya, la verdad era que no ofrecían ningún aspecto que encajara con la suntuosidad del Hotel.

Bill se dirigió resueltamente al mostrador, pero ya el empleado les salía al paso:

—Dos habitaciones — pidió secamente.

El atildado caballero que atendía al registro los miró inquisitivamente de arriba abajo, no pudiendo evitar una segunda expresión de repugnancia. Sin embargo, procuró dar un tono cortés a

sus palabras:

—Me parece que los señores se equivocan. Sin duda alguna...

Bill miró a su amigo:

—¿Qué te parece, Antonio? —y sacó del bolsillo el impresionante rollo de billetes, afortunadamente conservado, del que extrajo un enorme billete que alargó al atónito empleado, más estupefacto que nunca, a pesar de estar acostumbrado a ver cosas raras en sus huéspedes. Bill se inventó una excusa.

—Tuvimos un accidente con el coche a unas millas de la ciudad. Nos estrellamos y para colmo se incendió, quemándose totalmente. Hasta que encontramos otro que nos trajera, pasó bastante rato. Por eso estamos tan mojados. Y ahora, ¿nos dará las dos habitaciones?

—Sssiií...— tartamudeó el del registro.

—Las mejores que tenga —pidió secamente Bill, tomando las llaves que se le ofrecían.

Pero, cuando ya se disponían a marchar hacia el ascensor, el empleado les interrogó:

—¿Y su equipaje, caballeros?

—¿No le dije que se nos quemó con el coche? Mándenos inmediatamente al sastre del hotel. Necesitamos equiparnos de pies a cabeza.

—Sí, sí... Al momento, señores. Inmediatamente.

Y cuando el atónito funcionario, después de enviar en busca del sastre y encargarle que no regateara nada, miró el libro, estuvo a punto de caerse de espaldas:

— ¡Bill Shekels!—exclamó—, y luego murmuró para si, sin acabar de comprenderlo—: ¿Quién lo iba a decir?

CAPÍTULO V

Nicholas Harrison se paseaba nerviosamente, cruzando la habitación alternativamente, fumando sin enterarse de que tenía el pitillo en la boca, mascullando a veces gruesas interjecciones, inconsciente de que su hija Stella, sentada en un amplio diván, lo contemplaba imperturbablemente.

—Papá —le recriminó la muchacha—, te estasportando como si fueras un chiquillo. No creo haberte visto así jamás.

—Cuando lo he estado eras demasiado pequeña para acordarte ahora —gruñó el impacienté Harrison—. Por otra parte, comprenderás que la cosa es para enfermar de los nervios al más templado.

—Eso es cierto, pero con tanto moverte lo único qué conseguirás es cansarte inútilmente, sin evitar nada de lo que debe suceder.

—¿Sin evitar nada? Desde luego que no podré hacerlo, si ese par de atontados no vienen... ¡Ahí ¡Ya están aquí! —y el amplío pecho del señor Harrison se dilató en un suspiro de alivio.

No aguardó a que Bates se los introdujera. Caminó vivamente hacia la puerta y pareció como sí los arrastrase hasta el centro de la habitación.

—Ya era hora. Gordon, O'Malloy, es algo muy importante lo que tengo que decirles.

Los recién llegados se fijaron en el preocupado rostro de su huésped y ello no dejó de impresionarles. Saludaron brevemente a Stella, que se levantó a ruego de su padre:

—Anda, hija. Sírvenos bebidas. Creo que lo necesitaremos.

Los tres hombres se sentaron en torno a una mesa, en tanto que la muchacha obedecía y vertía el licor en los "high-balls". Harrison aguardó a que su hija hubiera terminado y encendió, siempre muy nervioso, el pitillo que la muchacha le ofrecía, así como a los recién llegados, cuyo aspecto se diferenciaba muy poco del dueño de la casa.

—¿Y bien? — inquirió Gordon, después de haber tomado un sorbo.

—¿Y bien? — repitió mecánicamente O'Mallory.

—Señores, ustedes saben las condiciones en que fue establecida nuestra sociedad. Saben que uno de los principales motivos del éxito ha sido la estrecha unión y firme lealtad que siempre hemos mantenido los unos para con los otros. Lo que tengo que comunicarles ahora es tan grave que, aunque normalmente, en cosas de relativa

poca importancia, obro sin consultarles, seguro de antemano que lo que he ordenado hacer será aprobado, en esta ocasión no me he atrevido.

—¿Tan grave es el asunto? — inquirió Gordon.

—No puede usted imaginárselo siquiera. Y si no hacemos frente a la situación con decisión y rapidez y todo hay que decirlo, con un poco de suerte podemos declararnos en bancarrota.

Pareció como si a Gordon y a O'Malloy les pinchasen. Tal fue el bote que dieron en su asiento. El primero, incluso derribó su vaso, cuyos restos fueron recogidos de inmediato por Stella, en tanto que le ayudaba a limpiarse. Una vez reparados los desperfectos, miró de hito en hito a Harrison.

—Si es tan grave el asunto, ¿por qué no ha convocado una reunión de accionistas, con carácter de urgencia?

—No es posible — replicó Harrison—. Serían demasiados oídos y demasiadas bocas, y no podríamos evitar alguna filtración que daría al traste con todo.

—Pero, bueno, ¿de qué se trata? — se impacientó O'Malloy.

—A ello voy. Antes les diré que les llamé únicamente a ustedes dos porque somos los principales accionistas y quienes, prácticamente, tenernos elcontrol de la sociedad. Y ahora les soltaré la bomba.

Gordon y O'Malloy miraron fijamente a Harrison. Aguardó éste un segundo, aumentando la tensión dramática que ya existía y preguntó:

—¿Qué les parecería si les dijera que se han descubierto nuevos yacimientos de diamantes, en fabulosas cantidades, de tal manera que prácticamente basta con arañar el suelo para llenarse las manos?

Los dos visitantes tuvieron que recurrir al licor para tranquilizarse, y Gordon, como no le había sido repuesto el vaso, echó mano de la botella, de la que bebió largamente, sin la menor educación. Harrison prosiguió:

—Todavía es un secreto el descubrimiento, pero, sí no obramos rápidamente, dejará de serlo y en consecuencia un diamante valdrá menos que ese trozo de vidrio que usted tiene en la mano, O'Malloy.

El aludido dejó el vaso frente a sí, como picado por una víbora.

—Pero ¡no puede ser! —declaró patéticamente—. El mercado diamantífero está controlado de tal manera que los precios no pueden bajar. En ninguna mina es posible sacar un solo quilate sin que los vigilantes lo noten al momento. Unos nuevos yacimientos serían

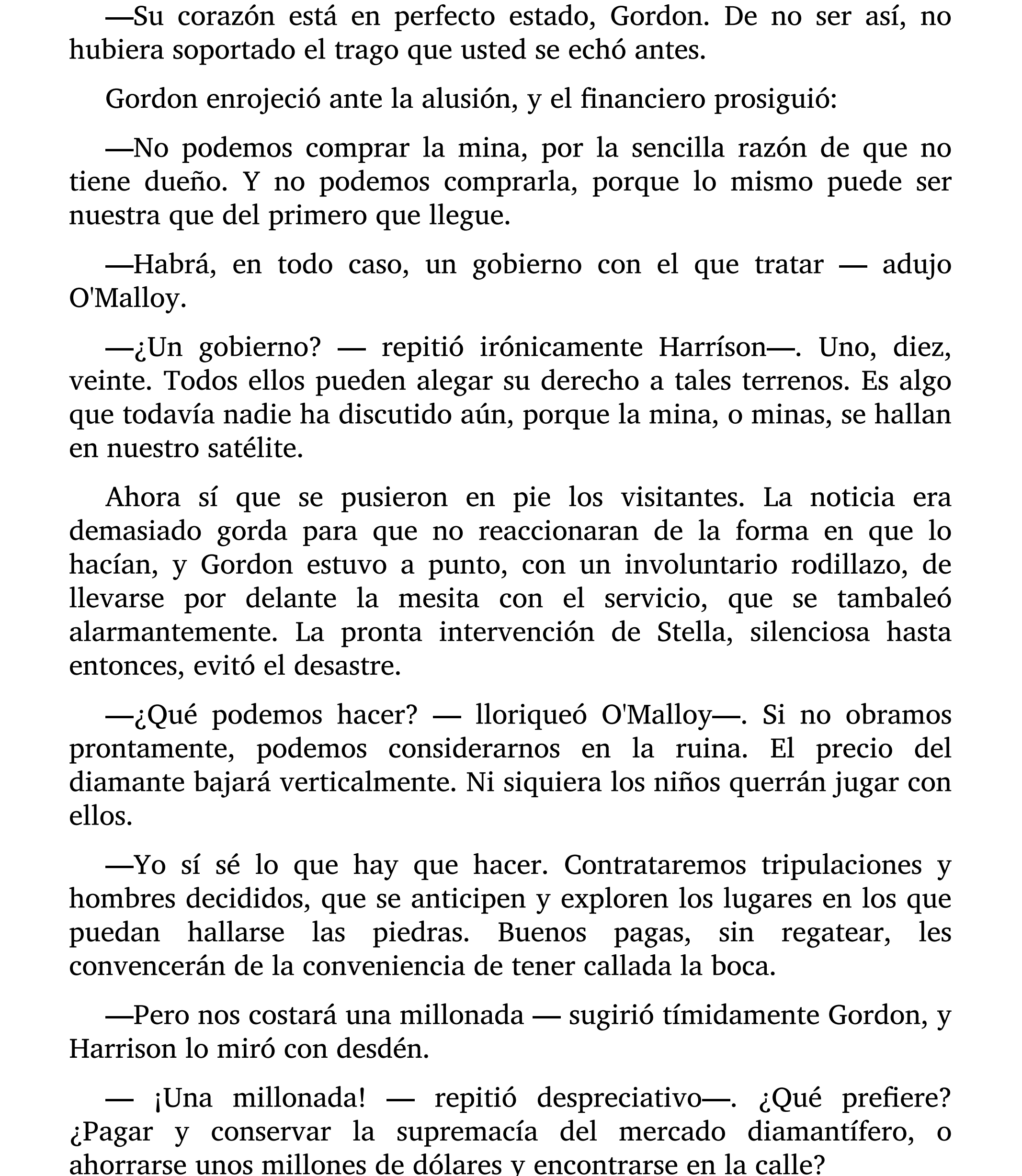
nuestra ruina. Debemos comprarlos al precio que sea.

—¿A quién se los va a comprar, O'Malloy?

—¿A quién? — repitió ésta—. A su dueño, naturalmente.

— ¿Quiere usted decirme quién es el dueño de los terrenos?

—¿Quiere usted —era Gordon el que interpelaba ahora — dejarse de tantos rodeos y hablar de unavez? No me convienen las emociones demasiado fuertes y temo que mi corazón...



—Su corazón está en perfecto estado, Gordon. De no ser así, no hubiera soportado el trago que usted se echó antes.

Gordon enrojeció ante la alusión, y el financiero prosiguió:

—No podemos comprar la mina, por la sencilla razón de que no tiene dueño. Y no podemos comprarla, porque lo mismo puede ser nuestra que del primero que llegue.

—Habrá, en todo caso, un gobierno con el que tratar — adujo O'Malloy.

—¿Un gobierno? — repitió irónicamente Harríson—. Uno, diez, veinte. Todos ellos pueden alegar su derecho a tales terrenos. Es algo que todavía nadie ha discutido aún, porque la mina, o minas, se hallan en nuestro satélite.

Ahora sí que se pusieron en pie los visitantes. La noticia era demasiado gorda para que no reaccionaran de la forma en que lo hacían, y Gordon estuvo a punto, con un involuntario rodillazo, de llevarse por delante la mesita con el servicio, que se tambaleó alarmantemente. La pronta intervención de Stella, silenciosa hasta entonces, evitó el desastre.

—¿Qué podemos hacer? — lloriqueó O'Malloy—. Si no obramos prontamente, podemos considerarnos en la ruina. El precio del diamante bajará verticalmente. Ni siquiera los niños querrán jugar con ellos.

—Yo sí sé lo que hay que hacer. Contrataremos tripulaciones y hombres decididos, que se anticipen y exploren los lugares en los que puedan hallarse las piedras. Buenos pagas, sin regatear, les convencerán de la conveniencia de tener callada la boca.

—Pero nos costará una millonada — sugirió tímidamente Gordon, y Harrison lo miró con desdén.

— ¡Una millonada! — repitió despreciativo—. ¿Qué prefiere? ¿Pagar y conservar la supremacía del mercado diamantífero, o ahorrarse unos millones de dólares y encontrarse en la calle?

—Harrison tiene razón — coincidió O'Malloy—. Creo que podemos dejar en sus manos el asunto, con la absoluta seguridad de que procederá del modo más conveniente para nuestros intereses.

—Está bien — rezongó Gordon, todavía no muy convencido—. Lo primero que debemos hacer es enviar una buena tripulación. Compraremos, al precio que sea, una astronave, con un hábil piloto, y con el pretexto de una investigación científica, la enviaremos a la Luna. Una vez allí... ¡Bah! No nos será difícil demostrar unos derechos a unos terrenos que hasta ahora nadie ha ocupado, precisamente porque no hay nada de valor.

—Pero el Gobierno puede arrojarnos de ellos.

—¿Con qué derecho? ¿Hay alguna legislación que nos impida apropiarnos de unos cuantos kilómetros cuadrados de terreno lunar?.

—Están los otros gobiernos de la Tierra... — Gordon no hallaba más que dificultades — y querrán también su parte.

—El nuestro nos defenderá, una vez se haya convencido de que no puede hacer nada, legalmente, contra nuestra sociedad.

—Puede usar las tropas siderales.

—No. La opinión pública se le echaría encima. Lo único que puede hacer es establecer unos impuestos, pero antes tiene que ser objeto de discusiones parlamentarias, y ello nos daría el tiempo suficiente para quedarnos con todo el mercado, sin lanzar una piedra preciosa más a la venta que aquellas que nos convinieran, y, claro está, si el Gobierno acepta nuestro establecimiento allá arriba, en el momento en que las otras naciones protesten, no tendrá otro remedio que defendernos.

Gordon y O'Malloy miraron con admiración a Harrison. Sonrieron. Se despejaron de su frente las nubes sombrías que hasta entonces las habían cubierto.

—Es usted un as — elogiaron al unísono.

—Gracias. Conocedor un poco de la psicología humana. Y ahora sólo queda ultimar el detalle de la expedición de vanguardia. Ya he pensado en el piloto. Es un hombre que tuvo mala suerte en la primera carrera espacial y que ahora se encuentra arruinado. Bill Shekels podría ser perfectamente nuestro hombre...

Stella había permanecido silenciosa hasta aquel momento, pero al escuchar el nombre del piloto que su padre proponía, exclamó, sorprendiendo al trío de financieros:

—¡No!

—¿Por qué, hija mía? — Harrison se volvió hacia la muchacha, atónito.

—Por la sencilla razón de que yo había previsto lo que iba a pasar y quise contratarle. Anoche le vi. Y, con buenas palabras, me envió a paseo. ¡Ah! Y, por si te interesa, papá, te diré que acto seguido se enfrascó en una interesante conversación con Thomas F. Quinton.

Harrison no pudo por menos de palidecer, al escuchar la inesperada revelación, y sus socios le notaron la demudación que experimentó su rostro.

—¿Quién es ese tal Quinton?

Y al padre de Stella no le quedó otro remedio que contar la conversación sostenida anteriormente con el personaje mencionado.

* * *

— ¡Bill! ¡Bill!

Shekels se asomó, agarrándose con una mano a un saliente y, a más de cien metros de profundidad, vio, remotísima, la figura de Urdíales. No le hubiera llegado su voz de no haber sido por la circunstancia de gritar desde el interior de la astronave, hueco en su totalidad, desprovisto de la mayoría de los aparatos impulsores, que se estaban terminando de fabricar y cuya colocación sería cuestión de una semana o dos, a lo sumo. Todo estaba ya dispuesto para recibirlos, y el hacer las conexiones necesarias apenas llevaría otro espacio idéntico de tiempo. Pero entretanto, Bill no dejaba de pasarse horas y más horas, revisando todos los complicados mecanismos de la nave, en especial los sistemas de comunicación y astronáutica. No quería sufrir el menor error, ya que un leve descuido bastaría para lanzarlos al espacio infinito, sin posibilidad alguna de retorno al planeta.

—¿Qué quieres, Antonio? —y su voz, rebotando por las paredes, llegó al plano inferior en el que se encontraba su mecánico, en el punto de unión de los reactores con las toberas, acompañado de otra persona, cuya fisonomía no pudo distinguir a causa de la distancia.

—Baja un momento. Pronto.

Bill sabía que su amigo no le apartaba de su trabajo si no era por alguna razón justificada, y no se molestó en inquirir las causas de la llamada. La supuso lógica, por lo que atrajo hacia sí el cable de la polea que servía para izar a aquellas alturas los instrumentos y metió un pie en el gancho. Urdíales lo vio e hizo funcionar el mecanismo de descenso, con lo que el piloto espacial se halló, un par de minutos después, en el mismo plano en que estaban los dos hombres,

examinando con curiosidad al desconocido, a quien presentó el español.

—Bill, éste es el señor Wetzlar, IacobWetzlar. Dice que tiene que hablarte.

—Usted dirá —exclamó Shekels.

—Creo que van ustedes a la Luna, ¿no es así?

—Pudiera ser — exclamó Bill sin comprometerse a nada —. Hoy día es un viaje que lo realiza todo el mundo.

—Yo también quiero hacer ese viaje.

—Bien, ¿y qué me cuenta usted a mi de sus intenciones? ¿Por qué no se las explica a una agencia de viajes? Ellas le resolverán el problema.

—No —replicó firmemente Wetzlar—. Ha de ser usted.

—¿Yo? — Bill no pudo contener la risa —. Amigo, ¿por quién me ha tomado usted? Yo no soy el dueño de la astronave. Soy un simple asalariado. Busque al dueño. Es un tal Quinton.

—No. —Wetzlar parecía terco—. Quiero que me lleve usted a bordo, como si fuera un miembro másde la tripulación. Usted es el capitán de la nave, ¿no?

—Así parece — la contestación de Bill quiso ser cauta.

—La tradición exige que todo capitán contrate la tripulación a su gusto. Por lo tanto...

—Amigo mío — Bill empezaba a cansarse ya —, la tradición es una cosa y el dueño de la astronave otra. Ambas distintas por completo. Y el dueño es el que me proporcionará la dotación. Así figura en las cláusulas del contrato. Lo único que puedo hacer es poner las objeciones que me parezcan, si algún tripulante no me convence.

Parecía como si Wetzlar estuviera muy empeñado en viajar hasta el satélite, porque, con pausados movimientos se metió una mano en el bolsillo y extrajo de él un grueso rollo de billetes. No se molestó siquiera en contarlos, y sonrió con aire de suficiencia, cuando, tomando con la otra mano una de las de Bill, le depositó en la palma aquel ingente montón de dinero, al mismo tiempo que le decía:

—Es una llave que no me ha fallado nunca, señor Shekels.

—Puede que la llave sea buena — repuso Bill, con una chispa de buen humor en los ojos, que desmentía el hervidero interior de sus sentimientos—, pero la cerradura está completamente oxidada — y,

diciendo esto, metió de nuevo el rollo de billetes en el bolsillo de la americana de Wetzlar, quien abrió mucho los ojos, y la boca también, como si no creyera en lo que acababa de presenciar.

Pero no tuvo tiempo de replicar siquiera. Apenas el piloto espacial había terminado su ademán de devolver el dinero, cuando, sin previo aviso, su puñose disparó, chocando sordamente contra el mentón de IacobWetzlar, que se desplomó hacia atrás, como un saco vacío de su contenido, sin lanzar siquiera un gemido.

Diez minutos después, un abochornado aspirante a viajero sideral dejaba a sus espaldas la mole inmensa del cohete, seguido por la irónica voz de Bill,

—¡Otra vez que quiera abrir una cerradura, compruebe primero si sirve la llave!

Al defraudado visitante sólo le quedaba un recurso: el del pataleo, por lo que se volvió agitando el puño amenazadoramente hacia Bill, mascullando algo que éste no supo entender, y que le hizo encogerse de hombros. Luego se volvió, con severa expresión en su rostro hacia Antonio:

—La próxima vez que me admitas un tipo de esta calaña, el puñetazo será para ti, no para él. Recuérdalo, Antonio. No me gusta mucho el amigo Quinton, pero ya que hemos hecho un trato con él, hay que ser leales hasta el final.

— ¡Pero, Bill...!

Más éste ya no le escuchaba. Había puesto en marcha el mecanismo de ascenso y su figura se perdía en las alturas.

Diez días más tarde, todo el cohete era un frenesí de ajetreo y trabajo, dirigido hábilmente por Bill. Los motores ya estaban colocados, y solamente faltaba encajar, en sus alvéolos respectivos, los grandes depósitos de combustible, comprimido a elevadísimas presiones, operación que vigilaba Bill en persona, cuando de repente sonó una voz a sus espaldas:

—¡Buenos días, señor piloto!

Se volvió como picado por un áspid.

—¡Ah! ¡Hola, señorita Harrison! ¿Qué le trae por aquí?

—¿No es usted capaz de suponérselo? — sonrió ella encantadoramente.

Bill la miró con suspicacia, y luego, aun sin dejar de hablar con ella, continuó atento a la grúa que estaba izando un pesado cilindro de

combustible para ser colocado en el cohete.

—Fracasó el primer intento, y ahora lanza por segunda vez su anzuelo. ¿No es así? ¡Eh, vosotros, los de la grúa! Ese balón al alvéolo número doce. ¿Qué es lo que va a ensayar ahora, señorita Harrison? ¿La seducción personal?

Ella se atusó levemente el corto cabello.

—Pudiera ser. No soy tan fea. En opinión de mis amigos del sexo opuesto, claro.

—Sí. Me supongo que sus amistades femeninas dirán que es usted una presuntuosa y un adefesio. ¡Vamos, de prisa! ¡Abajo el gancho de la grúa!

—Y bien, ¿qué me contesta usted, señor Shekels?

—No… ¡Ojo! Ahora es el balón número catorce al que le toca el turno.

—¿Es firme su negativa, piloto? — parecía como si la voz de la muchacha temblara levemente.

—Tan firme como el suelo que está pisando, señorita. ¡Así! Ahora, ¡arriba con él!

Se encogió ella de hombros, suspirando:

—En fin he de confesar que ya me esperaba la decepción. No sé por qué he venido. Pero si una adecuada compensación económica pudiera convencerle, siempre estaría a tiempo, señor Shekels.

Los azules ojos del piloto la miraron fijamente.

—Lo siento. No he nacido para ser chofer de niñas ricas y consentidas. Y no es otro el papel que me correspondería, si entrase a su servicio.

—¿Y si no fuera precisamente tal trabajo el que le encomendara? Yo no tengo interés alguno por pasearme por la Luna.

Bill se cruzó de brazos delante de Stella.

—Escúcheme, señorita. Ya le dije que no. Y ahora, aun cuando me ofrezca usted todo el oro del mundo, no entraría a su servicio por la sencilla razón de que Bill Shekels no tiene más que una sola palabra, en lo relativo al asunto éste, y se la di a Quinton. Le sepa bien o le sepa mal, señorita.

—¿Ya sabe usted los rumores que corren acerca, de la solvencia, no precisamente económica, sino moral, de su patrón?

—Eso me importa un bledo... — iba a continuar Bill, pero en aquel momento un grito le llegó desde cincuenta metros de distancia.

—¡Eh! ¡Los de abajo...!

El piloto espacial miró en la dirección de la voz, hacia la parte en que estaban colocando los balones de combustible en sus alvéolos, y la sangre se le heló en las venas.

¡Un enorme cilindro, pesado de más de diez toneladas, se había desprendido del gancho de la grúa y caía sobre ellos!

Bill actuó. No pensó, no reflexionó, no miró nada. El impulso que dio a todos sus músculos fue absolutamente simultáneo a la consciencia del peligro y así, tomando por el talle a la muchacha, se apartó de un salto de aquel lugar.

Lo hizo en el momento preciso. Sintió junto a sí el desplazamiento del aire producido por la inmensamole, y el brutal choque de ésta contra el metálico suelo, con espantoso ruido, choque que conmovió la astronave desde la afilada punta hasta el extremo de las aletas. Y luego, rebotando todavía, rodando lentamente sobre sí misma, giró hasta llegar a la compuerta de carga, por la que desapareció al caer al suelo, una decena de metros más abajo, amortiguándose el choque con la blanda tierra del astropuerto.

Durante unos segundos, Bill sintió junto al suyo, el cálido contacto del bien formado cuerpo de la muchacha que, espantada, se le había abrazado sin el menor empacho. Por su gusto se hubiera estado en tal posición durante el resto del día, ya que ella, aterrorizada aún, no acertaba a despegar sus brazos del cuello del piloto, pero lo hizo cuando Bill habló:

—El peligro ha pasado ya, señorita. Y yo tengo trabajo.

—¡Oh! Dispénseme, señor Shekels. De no ser por usted... ¡Ha sido espantoso!

—La doy toda la razón. Y ahora, si me lo permite...

Se sonrojó ella, al darse cuenta de que todavía estaban abrazados, y se separó rápidamente. Urdíales se le acercó en aquel momento, murmurando lúgubremente:

—Sabotaje número dos, Bill. No lo olvides.

CAPITULO VI

La astronave aterrizó en la lisa superficie del satélite, de un color pardorojizo que llenaba todo el ambiente con su extraña reverberación al recibir de plano, sin atmósfera que los atenuase, los rayossolares. Arrojando enormes chorros de llamas por las toberas, balanceándose ligeramente por sobre su eje vertical, tocó el suelo con un ligero estremecimiento, en cuyo momento Bill cortó todos los gases. Cesó la trepitación del aparato y aquél se soltó las correas, exclamando:

—¡Ya hemos llegado, señor Quinton! Ahora es usted el jefe.

—Gracias, Shekels. Voy a dar las primeras órdenes— y tomó el micrófono que le alargaba Bill—: ¡Atención, equipo de minería! Todos a la compuerta estanca, provistos del equipo individual. — Y luego se dirigió al piloto al devolverle el aparato—: Hasta luego, Shekels.

—Adiós, señor Quinton — replicó Bill, sin moverse de su sitio, cruzando pensativamente los brazos.

Su mente estaba ocupada. Era cierto. Y el centro de sus lucubraciones mentales no era otro que el hermoso rostro de Stella Harrison, cuyo recuerdo había turbado el sueño de Bill más de lo que fuera conveniente para su salud espiritual. La evocación del peligroso, pero agradable momento, durante el cual los dos estuvieran estrechamente abrazados le había hecho cavilar bastante, aunque no había dejado que aquellas remembranzas se impusieran a su trabajo, haciéndolo defectuoso. Mas, al llegar a la superficie de la Luna, terminada la primera etapa de su labor, no había podido evitar el que la dulce imagen de la hija del financiero se le reprodujera vívidamente en su cerebro.

Un ruido a sus espaldas le hizo volverse, y sonrió al ver al hombrecillo escuálido que penetraba en la cabina de mandos. Por dentro sintió una infinitacompasión de él, pero no podía evitar la risa al recordar el incidente.

Fue en el instante preciso de la partida. Ya estaba todo a punto, y todos los miembros de la expedición sujetándose en las literas antichoque, cuando HermánNigel había aparecido — igual que lo hiciera semanas antes con el propio Bill — sacándose un documento legal del bolsillo y declarando embargado todo el equipo, incluyendo la misma astronave. Shekels se había quedado estupefacto al ver que no era él solamente quien tenía dificultades con los Bancos, pero el imperturbable Quinton se habla echado a reír sonoramente.

Alargó una mano hacia el papel y otra hacia uno de los botones de

la mesa de instrumentos. Precisamente el que accionaba el mecanismo de cierre de las compuertas. Luego había roto el papel en mil pedazos, riéndose en las propias narices del estupefacto Nigel.

—¿Cree usted, grandísimo idiota, que por dificultad técnica más o menos, me voy a quedar en tierra, ahora que ya tengo todo listo?

Nigel abrió la boca rojo de indignación. Era, a su modo, un fiel cumplidor de su deber, y era la primera vez que le ocurría una cosa como aquélla. Intentó protestar, alargando un renegrido índice hacia el sonriente rostro de Quinton:

— ¡Usted...! ¡Usted no puede...!

—¿Que no puedo? —se burló descaradamente el jefe de la expedición—. Escuche, leguleyo, le voy a dar un consejo de amigo. Búsquese, en un minuto, una litera, que alguna sobrará, o de lo contrario se convertirá en una tortilla.

Se la tuvieron que procurar, porque el infeliz Nigel no hubiera podido. Se había desmayado, y casi no recobró el conocimiento hasta el momento en que entraba el aparato en el período de deceleración.

—Escuche, señor Shekels... Yo estoy aquí por un error y...

Meneó Bill la cabeza compasivamente:

—Lo lamento, amigo — dijo—, pero no puedo hacerle nada. Por lo menos hasta la vuelta.

—¿Se da cuenta de que está reteniendo, contra su voluntad, a un agente de la autoridad? — Nigel fanfarroneó un poco, pero Bill le replicó con un indiferente encogimiento de hombros.

—¿Y a mí qué? ¿Por qué no va y se lo cuenta al señor Quinton? Él es el amo de todo esto. Si ahora me dijera que tenemos que salir para Marte, no me quedaría otro remedio que obedecerle y...

No pudo continuar la frase. Cuando Quinton llamó a los componentes del equipo de minería, se había dejado el micrófono conectado, y ahora le llegaban agrias voces hasta allí, procedentes de la esclusa.

—Os digo que yo no bajo si no me doblan la paga — gritaba uno —. Ese granuja de Quinton no se forra a costa de Red Hanlon.

—Bien — dijo otro—, pero firmaste un contrato, ¿no es así?

—¡Cierto! Sin embargo, no se nos dijo nada de minerales extraños, ni que produjeran tanto como los diamantes que vamos a encontrar. Ahora estamos fuera de la Tierra. En la Luna. ¿Es que no merece esto una paga mejor?

Una voz grave, pero firme y decidida, cortó ladiscusión en seco:

—Red Hanlon, tú no te merece más que una clase de paga. Eres el único que me ha protestado, y no quiero que la manzana podrida me estropee las restantes. Voy a arrancar el árbol torcido, y lo voy a hacer de raíz.

Hubo una pausa, apenas tres segundos de angustioso silencio, durante el cual, tanto Bill como Nigel miraron hipnotizados el altavoz, alargando instintivamente el cuello, y luego resonó la aterrorizada voz de Hanlon.

—¡No! ¡No! ¡Por el amor de...!

La última frase fue cortada secamente por el duro latigazo del disparo, que cortó asimismo el hilo de la existencia del presunto rebelde. Los ecos de la detonación se confundieron con el ruido del cuerpo de Hanlon, al caer, y luego el silencio regresó de nuevo a todo el interior de la nave espacial, para ser roto por la voz de Quinton:

—No toleraré la menor muestra de indisciplina. Firmasteis un contrato y os lo haré respetar, si vosotros no sabéis hacerlo. Tenéis la paga de tres meses adelantada, y en ningún lugar de la Tierra hallaríais un empleo mejor pagado. De modo que, ¡adelante y al trabajo!

Un leve rumor de voces, asintiendo al "speech" de Quinton, indicó que los hombres habían comprendido que tenían un amo, quien, bajo su inocua apariencia encerraba un alma dura como el granito y Que no se doblegaría por nada ni por nadie. Bill miró a Nigel y advirtió cómo éste se limpiaba el, sudor de la frente.

—¡Santo Cielo! ¡No hacemos más que llegar y ya se ha cometido un asesinato!

—Vaya anotándolos, Nigel. No es más que el primero de una lista que se hará inacabable a medida que la ambición de los hombres vaya, como irá, en progresivo aumento.

—Y... y... ¿no podríamos hacer algo para evitarlo?—la sugerencia de Nigel era demasiado tímida para que Bill la tomara en cuenta y hubo de limitarse a un gesto indiferente, mudo, que no aclaró nada al atemorizado agente judicial.

Encendió un cigarrillo, conectando indiferentemente la pantalla, cuyas imágenes le revelaron las primeras etapas de la instalación de la mina de diamantes.

Comenzaron los hombres, en cabeza sobre las máquinas, que fueron descendiendo luego desde la altura. Aquellos iban provistos de

sus correspondientes trajes estancos, con escafandra totalmente transparente. Las máquinas bajaban suavemente, ahorrando consumo de energía al pesar la sexta parte que en la Tierra. Y poco a poco, las horas pasando, y con ellas, los períodos equivalentes al día del planeta, que se divisaba a lo lejos, enorme, redondo, resplandeciente, la instalación del campamento fue un hecho.

Para no andar perdiendo tiempo, subiendo y bajando a la astronave, y en tanto se completaba una instalación permanente, se habían establecido tiendas transparentes, montadas sobre postes, que mantenían rígido el tejido de plástico. Pero únicamente se usaban dos veces al día: para la comida central, y para refugiarse en ellas durante el período de descanso, a cuyo final se hacia la cena, y al principio de la jornada de trabajo el desayuno. Así podíanpermitir el lujo de dejar perder el aire al salir de las mismas, renovado antes de despojarse de las escafandras individuales, por varias botellas que lo contenían a elevadas presiones, dejándolo escapar hasta que una equivalente a la terrestre quedaba establecida en el interior del habitáculo, que no se deformaba, tanto al vaciarse, como al llenarse de nuevo, gracias a los soportes de acero que mantenían una estructura particularmente rígida. Y para mayor comodidad, las tiendas se habían establecido al pie de los elevadísimos farallones del cráter de Vitrubio, que ascendían perpendicularmente casi, hasta más tres mil metros por encima de sus cabezas, los cuales proporcionaba una sombra casi continua durante todo el tiempo.

Las pequeñas excavadoras, montadas sobre orugas, con cabina asimismo estanca, manejadas por un solo hombre, comenzaron a funcionar, desmenuzando la tierra y, haciendo girar el brazo que contenía la tenaza, repleta de escombros, la ganga diamantífera, depositándolos en las trituradoras, que luego arrojaban el producto de mecánica labor, a una tolva que lo arrastraba hasta el cedazo que cribaba el polvo a que había reducido la ganga, dejando en cambio los brillantes trocitos de vidrio, que centelleaban mágicamente, aumentado su esplendor en aquel ambiente limpísimo, horro de toda interferencia de la refracción atmosférica.

Los primeros diamantes que aparecieron produjeron una especie de delirio entre los mineros contratados. Cuando concluían su labor, se proveían de cualquier herramienta y arrancaban la tierra, desmenuzándola con los ojos cegados por la avaricia. Pronto, pues, comenzaron a estallar las primeras disputas, y pronto también corrió la sangre, la primera derramada por la ambición humana en el suelo del satélite.

La cosa ocurrió a la semana escasa de haber llegado. Después de su

turno de trabajo, Kirk Samuels y OllieGurie consideraron que habían trabajado bastante para Quinton y, tras un breve conciliábulo, celebrado directamente por medio de las escafandras en contacto, con los transmisores desconectados, al objeto de que nadie se percatase de su suerte, se proveyeron disimuladamente de un pico y una pala cada uno, alejándose unos centenares de metros del campamento, con una excusa cualquiera y que satisfizo al ingeniero, McMurdo, quien no les prestó mucha atención, enfrascado hasta las orejas en su trabajo.

Cuando estuvieron seguros de que no eran vistos. Kirk y Ollie se arrojaron frenéticamente sobre la pared del farallón, allí en el lugar en que un breve examen les indicó una constitución geológica muy semejante a la del lugar en que se hallaba emplazada la mina. Y no les engañó su olfato, porque apenas habían dado un par de docenas de golpes, cuando un enorme pedrusco saltó por los aires, cayendo luego al suelo.

Gurie lo tomó en sus manos, mirándolo maravillado. A pesar de hallarse cubierto todavía por buena parte de tierra, su aspecto no dejaba la menor duda de que, una vez convenientemente tallado y pulimentado, sería una auténtica joya, con muy pocas que le igualaran en la Tierra. Así, se lo dijo Gurie a Samuels, siempre con las escafandras en contacto.

—Me haré millonario apenas vuelva al planeta.

Kirk Samuels lo miró con desconfianza.

—"Nos", querrás decir.

—¿Nos? — y Gurie se echó a reír, y nunca más justificada la expresión que en sus propias narices, dado el continuo contacto en que mantenían sus esferas de plástico transparente—. Lo he encontrado yo, y es mío.

—Dijimos que lo que encontrásemos sería para los dos.

Pero Gurie, al tener aquel tesoro en las manos, se había vuelto mezquino, egoísta, y el solo pensamiento de tener que repartir aquella fabulosa fortuna con su compañero, le revolvía el estómago. De modo que, en la mano izquierda tenía el pico y, sin la menor provocación, por parte de Samuel, sin que éste sospechase siquiera lo que su socio pretendía hacer, levantó el pico y lo dejó caer sobre la escafandra, que saltó hecha pedazos. Mas la punta afilada del pico continuo su camino y hendió asimismo el cráneo de Samuels, quien, abriendo enormemente los ojos, como si no creyera en lo qué le acababa de ocurrir, se desplomó al suelo, en donde quedó absolutamente inmóvil, convertido además en un bloque de hielo, a causa del enorme frío que le penetró por la abertura de la escafandra.

Temblando por la excitación, la vista de la sangre derramada hizo que Gurie reaccionara. Quiso esconder la prueba de su delito, pero en aquel momento una alargada sombra se proyectó sobre el suelo, a sus pies, tapando parte del cadáver, y Ollie, asustadísimo, volvió el rostro.

Quinton estaba allí. Solo, pero con su pistola en la mano, empuñándola firmemente:

—Dame esa piedra, Gurie.

Los ojos del minero de los espacios se desorbitaron. No oyó las palabras pronunciadas por el jefe de la expedición al tener desconectada la radio, pero algo inconsciente le hizo dar media vuelta a la llave del contacto y Quinton volvió a repetir su petición:

—Dame esa piedra, Gurie.

Como un loco, salidos los ojos de las órbitas, OllieGurie, apretó el fenomenal diamante contra su pecho, dejando que un hilo de saliva le corriera por las comisuras de los labios. Y vagamente, se dio cuenta de que otras varias personas, entre las que figuraban McMurdo y Shekels se habían acercado al lugar de escena.

Por tercera vez Quinton insistió:

—Dame la piedra, Gurie.

—¡No! ¡No! — aulló el asesino, perdida ya la razón a causa de la ambición—. ¡Es mía! ¡Mía! ¿Lo entienden? Yo la encontré y será mía. Nadie la disfrutará más que yo.

Quinton replicó pacientemente:

—OllieGurie, dame ese brillante. Dámelo y olvidaremos lo que ha pasado. Admitiremos como buena la excusa de que Samuels lo encontró y quiso atacarte. Tú lo mataste en legítima defensa. Si me entregas la gema, así lo haremos constar cuando regresemos al planeta. No olvides que, de acuerdo con el contrato, todas las piedras preciosas que se hallen aquí son mías y que ninguno de mis asalariados puede llevarse siquiera un quilate.

Pero Gurie había perdido totalmente la razón, y estampida al satélite no era más que un niño empaquetado por un juguete. Rio estridentemente, insistiendo:

—¡No se la daré! ¡No! ¡Es mía, sólo mía! —y luego obró de una manera absolutamente reñida con la lógica. Pues dio media vuelta y echó a correr, como si con aquel acto absurdo quisiera evadir su responsabilidad.

Los saltos que daba eran grandes, a consecuencia de la escasa

gravedad del satélite, una sexta parte de la de la Tierra, pero la bala era más rápida.

Quinton suspiró al tiempo que oprimía el gatillo:

—Puesto que lo has querido...

Y, fríamente, como si estuviera en una galería de tiro al blanco, apuntó con toda calma e hizo fuego.

La bala surcó al vacío y alcanzó la cáscara transparente de la escafandra de Gurie. Los trozos de plástico, volaron junto con los despedazados fragmentos de hueso y masa encefálica, constituyendo un desagradable espectáculo, que todavía continuó durante un par de segundos más, cuando el muerto, todavía sin enterarse de que ya lo estaba, por una serie de reflejos movimientos, los últimos, dio todavía, antes de derrumbarse, tres o cuatro pasos de desmesurada longitud, que en cualquier otra ocasión que no fuera aquélla hubieran, hecho reír, pero que en ésta pusieron una mordaza de angustia y aprensión al mismo tiempo en los ánimos de quienes presenciaron la escena.

Una vez que todo hubo concluido, Quinton se volvió hacia su ingeniero, McMurdo.

—Reúna a toda la gente en el campamento. Suspenda los trabajos por hoy. Quiero hablarles.

Dichas tales palabras, y sin preocuparse ya másde otra cosa, avanzó hacia el lugar donde estaba el caído Gurie, saltando por encima del cadáver de Samuels. Se inclinó sobre el primero, arrebatándole de los rígidos y ya helados dedos la enorme gema. La contempló pensativamente, sopesándola con todo cuidado, echándola al vacío y recogiéndola en la palma de la mano, para así admirar mejor los escasos destellos que lanzaba, casi cubierta totalmente de tierra. Pero cuando volvía sobre sus pasos, harto satisfecho, sonriendo para sí, se encontró a su piloto que lo miraba fijamente.

Quinton carraspeó, para mal disimular y exclamó negligentemente:

—-¡Ah! ¿Está usted ahí, Shekels? Le voy a dar un encarguito. Váyase donde están los dos muertos y quíteles a sus "fiambres" todo cuanto pueda sernos útiles más adelante, como, por ejemplo, los generadores de oxígeno y los transmisores. Luego, reúnase en el campamento.

—No — contestó firmemente Bill y, dando media vuelta, echó a andar hacia el punto indicado sin ninguna prisa.

Quinton lo alcanzó en un par de saltos, tomándolo por el brazo. Sus ojos chispeaban.

—¿Se da cuenta de que aquí soy yo el jefe de la expedición y el único que manda? Los demás obedecen, pues para eso pago.

—De acuerdo — replicó tranquilamente Bill—, pero en mi contrato no se especifica para nada el despojar a los muertos. Solamente se habla de pilotar una nave espacial entre la Luna y la Tierra, todas las veces que usted lo desee, siempre que me pague puntualmente el sueldo convenido.

Quinton agitó amenazadoramente la pistola, que ya contaba con dos muertes en su haber.

—¿Querrá obedecer o...?

Pero Bill se echó a reír desdeñosamente y, con no menos desdén, con infinito cuidado, apartó, con los dedos índice y pulgar, el cañón que tenía encarado a su pecho, al mismo tiempo que murmuraba irónicamente:

—Se le va a disparar y no me gustaría que usted se quedara aquí durante toda una eternidad.

La estocada había sido certera y Quinton la acusó. Pero trató de sobreponerse a ella:

—¿Acaso se figura que yo no sé manejar una astronave?

Bill se encogió de hombros.

—Ahí la tiene usted — señaló hacia ella, a pocos cientos de metros de distancia, grandiosa, reluciente, espléndida en su destellante inmovilidad—. Cójala y llévesela. ¿No es suya.? — y continuó andando indiferentemente, sin prestar atención a la serie de tacos que soltó el impotente Quinton, convencido de que su "bluff" había sido descubierto. Era cierto. Dependía de Shekels y no podía hacer nada sin él. Bill era uno de las piezas más importantes en su juego y no podía desprenderse de ella. Si acaso cuando todo hubiera terminado... Y la sola idea de ello, le dio ánimos para sonreír de nuevo.

Unos minutos más tarde, constituía el centro de un semicírculo de silenciosos expedicionarios, que escucharon en silencio el discurso que les largó su jefe, que concluyó:

—...Y no olvidéis que los diamantes son míos. Míos exclusivamente. No podéis apoderaros de unsolo quilate sin cometer una acción que perseguiré de todas las maneras: apoyado en la ley, o apoyado en la fuerza. Pero, como no quiero perjudicaros, ni tampoco quiero que me consideréis como un negrero, a partir de este momento, vuestro sueldo queda aumentado en un cincuenta por ciento. ¿Conforme?

No de mucha gana acabaron todos los brazos por alzarse en señal

de conformidad, y el grupo empezó a dispersarse, pero en aquel momento Quinton sintió que le tocaban el hombro.

Se volvió como un rayo, respirando aliviado al reconocer a Bill, quien no le dio tiempo a hablar.

—¿Decía usted que todos los diamantes son suyos, Quinton? ¿Puede aclararme si los que llegan ahora estarán también de acuerdo con usted? — y al mismo tiempo le señaló el punto rojizo que indicaba que otra nave del espacio deceleraba para tomar tierra muy cerca del lugar en que ellos se encontraban.

—Por lo visto, la existencia del campo diamantífero se ha extendido en la Tierra más de lo conveniente — continuó Bill, implacable, gozándose con la rabia y el furor que se habían apoderado de Quinton.

El jefe de la expedición soltó una interminable retahila de maldiciones. Luego, como sí hubiera hallado una solución, gritó, deteniendo a los hombres que ya se dispersaban.

—¡Doble sueldo a todo el que me ayude a exterminar a los que vienen a disputarnos nuestras ganancias!

CAPÍTULO VII

Bart Clausing se levantó precipitadamente de su asiento al ver entrar a una mujer a la que él conocía únicamente por las portadas de las revistas de sociedad. Aplastó el cigarrillo en el cenicero, y avanzohacia la muchacha.

— ¡Señorita Harrison! ¡Qué inesperado placer! Aunque no tenía el gusto de conocerla personalmente...

—Muchas gracias, señor Clausing — le atajó ella, firme, pero cortés —. Lo mismo me pasa a mí con respecto a usted. Pero el asunto que me trae es urgente, y no podemos despilfarrarlo en cumplidos.

—Muy bien — dijo el sorprendido piloto—. Siéntese, por favor. ¿Una copa? ¿Un cigarrillo?

Stella aceptó únicamente el tabaco y luego, al mismo tiempo que el humo, disparó una pregunta que hizo saltar en el asiento a Clausing.

—¿Cuánto tiempo le va a durar todo esto? — y al hablar hizo un amplio ademán con la mano, indicando el lujoso apartamento en que vivía su visitado.

—¿Queeé...? ¿Cómo dice usted, señorita Harrison? Francamente, no la entiendo. No sé a qué Viene...

—Yo sí, Clausing —repuso ella con una nota de dureza en sus ojos —. He tenido tiempo de informarme de usted, y conozco sus debilidades, una de las cuales y no es la menor, trata de los frecuentes viajes que hace usted a Reno y Las Vegas. Los casinos de esta ciudad no le atraen lo suficiente, ¿verdad?

Sonrió con suficiencia, como halagado, Clausing.

—Hombre, señorita Harrison. La verdad es...

—La verdad es que los cinco millones del premio le van a durar muy poco. El Gobierno se ha llevado un hermoso bocado en concepto de impuestos. El pagar a su tripulación no le ha salido gratis, que digamos. Y luego, su fortuna en el juego no ha sido tan próspera como en la carrera. ¿Acierto o me engaño? Pero Clausing no perdía la sonrisa.

—Da usted en el blanco, señorita. Sin embargo, no sé a qué viene todo esto.

—Lo sabrá usted ahora mismo. Antes de seis meses estará nuevamente buscando un empleo. Por todo esto, yo me anticipo a ofrecérselo.

—¿Un empleo? — ahora Clausing reía sonoramente —. Señorita Harrison, puede que tenga razón, pero por ahora no necesito el dinero.

—Usted lo ha dicho claramente. Por ahora. Pero el actual presente le va a durar a usted menos que un iceberg en el mar de las Antillas. Vengo a contratarle a usted, puesto que sé que su astronave está en perfectas condiciones de emprender el viaje en cualquier momento. Usted puede tener muchos defectos, pero no el de descuidar sus medios de vida, aunque de momento no los utilice. ¿Sigo acertando?

Ella lo miró, sonriendo burlonamente.

—Si en vez de palabras utilizara usted un "Winchester", podría darme por muerto. De acuerdo. Veamos su proposición.

—Se la haré en dos palabras. Medio millón de dólares para usted como gratificación. Y todos los gastos, incluidos víveres, combustible, y sueldo de la dotación, por mi cuenta. ¡Ah! Y armas y municiones.

—¿Armas? — inquirió extrañado —. ¿Es que vamos a la guerra?

—Pudiera ser —contestó ella enigmáticamente—. ¿Acepta?

—¡Hombre!—Clausing volvió a rascarse la cabeza.—Pero, ¿sólo medio millón? Luego vendrá el Tío Sam con la rebaja de los impuestos y...

—¡Un millón! —ofreció ella, cifra que hizo parpadear atónito ai piloto, que repitió incrédulo, con gran emoción:

—¿Un millón?

—Exacto. Y, si acepta, traigo aquí el contrato que puede leer, una vez firmado el cual, le daré un cheque por la mitad de su sueldo, o sea por quinientos mil dólares. Pero le aconsejo que lo lea bien — y esto diciendo, extrajo de su bolso un papel que entregó al aturdido Clausing, que no acababa de reaccionar del todo y que se sumió en la lectura del documento, para, a los diez minutos, alzar sus ojos hasta los de su interlocutora.

— ¡De acuerdo! Con una condición.

—Diga — replicó Stella simplemente.

—La tripulación a mi gusto. De lo contrario nocerraré el trato.

—Muy bien. Pero, si acepta, fíjese que hay una cláusula que le obliga a devolver todos los anticipos que se le hagan, más una fuerte indemnización, para el caso que no parta antes de una semana. La he hecho incluir sabiendo que su nave está lista, a falta de un ligero repaso.

Clausing miró a la muchacha con admiración.

—Creo que su padre es un águila para los negocios. Pero al lado de usted debe parecer un parvulillo. ¡Venga el cheque!

Y Bart Clausing, sin la menor vacilación, firmóuna copia del contrato, que alargó a la muchacha, quedándose el con la otra y con el cheque.

* * *

—¡Doble sueldo a todo el que me ayude a liquidar a esos asaltantes! —repitió Quinton, y los hombres que ya se dispersaban, se volvieron al escuchar la voz de su jefe.

—¿Qué? ¿Os parece poco?

—¿Qué garantía nos da? — inquirió uno de ellos.

—Los diamantes, naturalmente.

—Y, ¿cómo los vamos a echar de aquí? ¿A pedradas?— preguntó otro.

—Regan — Quinton se dirigió al último que había hablado —, usted no me conoce a mí. De lo contrario, ya sabría que yo tenia previstos incidentes de este tipo. Si quiere ganarse su nueva paga, venga conmigo a la astronave. Allí le proporcionaré un hermoso rifle con abundantes municiones.

—Es poco ese sueldo doble — observó el primero que había hablado, llamado Mueller.

Quinton no era tonto y apreció que sus hombres vacilaban de nuevo, por lo que no lo dudó un segundo más:

—Triple, y no se hable más. ¡Vamos todos! ¡Hay que convencer a esos recién llegados de que lo mejor que pueden hacer es abandonar el campo!

La oferta del jefe acabó por convencer a los más reacios. Desde luego, sus sueldos normales ya eran considerablemente más elevados que los de cualquier otro empleo terrestre y el triplicar sus ingresos les pondría en posesión de una fortuna nada despreciable. Así, pues, aullando ferozmente, y prometiendo toda suerte de males a los ocupantes de aquella astronave que ya casi se apreciaba a simple vista, se dirigieron; en manada, hacia la que se encontraba a menos de medio kilómetro de distancia, aguardando abajo a que Quinton les entregara las armas para luchar.

Bill se volvió al advertir un codazo en uno de sus costados. Urdíales

le interpeló:

—¿Qué piensas hacer tú, Bill?

—Lo mismo que tú, Antonio. Buscar un sitio bien resguardado y procurar hacer lo que se dice en tu país: ver los toros desde la barrera. No olvides que aquí las balas tienen un alcance infinitamente superior al que poseen en la Tierra, y no me haría ninguna gracia el que me agujereasen el traje. Seríasuficiente con ello.

—Estoy de acuerdo contigo. Morirán muchos.

—Menos todavía de los que no saben siquiera que han de venir a este satélite atraídos por el brillo de los diamantes y que se dejarán sus huesos aquí — repuso pensativamente Bill, contemplando cómo ya Quinton, ayudado por Regan y McMurdo, también cegado por el brillo de la recompensa, cargaba los rifles en el montacargas auxiliar, enviándolos hacia abajo, en donde fueron rápidamente distribuidos por aquellos hombres ansiosos, más que de la sangre de los que llegaban, del dinero que se les habla prometido y cuya posesión peligraría si no conseguían rechazarlos.

En menos de un cuarto de hora, todos los miembros de la expedición, filosóficamente contemplados por Bill y su mecánico, estuvieron equipados. Y nofue el propio Quinton quien se quedó más rezagado cuando cada hombre fue dueño de un arma.

Sus voces llegaban claramente hasta el lugar en que se hallaban los dos amigos, y por ello percibieron la del jefe, que exclamó:

— ¡A ellos, muchachos! ¡Que no quede uno solo con vida!

Entretanto, la astronave ya se había detenido, muy cerca de allí. Apenas a mil metros de distancia, y la compuerta superior se había abierto, dejando ver dos o tres hombres en el negro hueco de su rectángulo.

Quinton fue el primero en disparar. Su vista pasó a través de la mira telescópica, encuadrando en ella a uno de los recién llegados y, apenas estuvo seguro de que el tiro no le fallaría, oprimió el gatillo del arma.

El hombre se llevó las manos al pecho, apenas sintió el dolor de la herida. En circunstancias normales hubiera tenido salvación, pero se le conjugaban dos cosas para hacerle morir sin remedio: el escape de aire por los dos orificios, el de entrada y el de salida en su traje de vacío, y la subsiguiente caída, que, aunque era desde unos cien metros y con menos atracción gravitacional que en el planeta, no por ello dejaba de ser equivalente a una que sufriera en la Tierra desde quince metros, bastante para terminar con su vida. Y, apenas había tocado el

muerto el suelo, cuando los hombres de Quinton comenzaron un fuego graneado contra los otros dos que se hallaban en la puerta, los que, dándose cuenta del hostil recibimiento se apresuraron a retirarse al interior, al recibir el chaparrón de balas que,dirigidas con más precipitación que puntería, no les alcanzaron. La compuerta se cerró al instante.

Quinton rio satisfecho y utilizó su transmisor de radio.

—¡En! ¡Vosotros, los de la astronave! ¡Largaos de aquí! ¡Estos terrenos son míos y no tenéis nada que hacer aquí!

Hubo una pausa y luego se oyó una voz que a Bill le pareció vagamente conocida:

—No hay ninguna ley que nos impida a nosotros buscar también diamantes. Por lo tanto, lo mismo os guste que os desagrade, bajaremos y cogeremos nuestra ración de piedras.

—¿Sí, eh? —aulló Quinton—. ¿A qué esperáis,pues?

Sin duda el jefe de los recién llegados debía ser tan precavido o más que el propio Quinton, porque de repente, y antes de que, tanto éste como sus hombres tuvieran tiempo de apercibirse de lo que sus contrarios pensaban hacer, la compuerta de la astronave se abrió un poco, no mucho, lo suficiente para que asomase algo de largo y ancho cañón, que escupió una llamarada, sin que, a consecuencia de la falta de atmósfera, pudiera escucharse la detonación de la combustión de los gases de la cordita inflamada.

Apenas se había visto el fogonazo del disparo, cuando otra segunda llama, como una roja flor de muerte, se abrió en el centro del desprevenido grupo. Una nube de piedras desmenuzadas y polvillo del suelo lunar, en invertido cono, se elevó a lo alto, al mismo tiempo que dos o tres hombres, cogidos en el centro de la explosión eran arrojados, comosacos vacíos, a los lados, en tanto que tres o cuatro más, se desplomaban instantáneamente al suelo.

Bill sintió la leve trepidación del reventón de la granada transmitida a través del suelo del satélite, pero antes de que tuviera tiempo de traducir su estupefacción en palabras, aquel extraño cañón volvió a hacer fuego de nuevo, esta vez con más comodidad, pues los hombres de Quinton se habían quedado paralizados por el asombro, y otros tantos volaron despedazados, cuando no muertos casi instantáneamente, al serles perforados los trajes por los cascos de metralla y los trozos de roca levantados por la explosión.

Una docena de cuerpos quedaron tendidos en el suelo, en tanto que los restantes se dispersaban rápidamente, de modo que el tercer

disparo no alcanzó más que a uno, estallándole entre los pies y levantándole en el vacío, agitando brazos y piernas como si fuera un pelele, para luego caer al suelo y quedar absolutamente inmóvil.

—¡Canastos! ¡Bazooka!—gruñó Urdíales.

— ¡Un bazooka! —exclamó estupefacto Bill, para añadir a continuación—: Pues sí que va a ser una delicia la vida en este lugar.

— ¡Ojo! ¡Otro!—gritó Urdíales, agachándose al suelo.

Sin darse cuenta, estupefactos por lo que estaban presenciando, se habían puesto en pie, dejando la mitad del cuerpo al descubierto, fuera del amontonamiento de rocas que hasta entonces los había protegido, pero el tirador del lanzagranadas había captado sus imágenes en su mira, y les había soltado una.

El proyectil, con un alcance anormal, pegó con toda su fuerza en el frontis del parapeto, haciendo trepidar aquel trozo de suelo lunar, y arrojando enorme cantidad de rocas al suelo, que cayeron encimade ambos compañeros, golpeándoles con dureza, no disimulada totalmente por el acolchamiento de los trajes. Y apenas había recibido la lluvia de pedruscos cuando Bill sintió de repente un frío intensísimo:

—¡Tengo perforada la escafandra! —gritó, alarmadísimo.

Antonio se puso de un salto a su lado:

—¡Échate!—rugió, y Bill, comprendiendo la intención de su amigo le obedeció al momento, extendiendo brazos y piernas.

Urdíales revisó rápidamente la parte anterior del cuerpo de Bill, sin hallar nada de particular.

—¡Vuelta!—ordenó, y el piloto hizo lo que le mandaban, sintiendo al instante la presión de la mano de Urdíales.

— ¡Ya está! ¡Aguanta un par de segundos!

El español había visto rápidamente el orificio por el que se escapaba el aire. Afortunadamente era muy pequeño. De haber tenido siquiera el diámetro del causado por una bala, no hubiera habido remedio para Bill, pero se había reducido al agujero causado por la aguda punta de un trozo de roca, apenas mayor que la cabeza de un alfiler, por el que había visto salir una columna de blanquecino humo, el vapor de agua congelado instantáneamente en su contacto con el vacío. Puso allí el pulgar, en tanto buscaba algo en uno de los bolsillos exteriores de su propio traje.

—Aumenta presión — gruño, y Bill, haciendo siempre caso a las

indicaciones de su amigo, abrió la espita del gas, en cuyo momento Urdiales, quitando su dedo, echó sobre el orificio, que había vuelto a humear de nuevo, unas cuantas gotas de un producto pastoso, de gran densidad y cualidades coagulantes, que se solidificó al momento, cerrando el escape de aire.

—¿Bien? — inquirió, y Shekels, todavía pálido por el susto recibido, asintió.

—¡Uf! Creí que ya todo había terminado para mí. Gracias, Antonio. Te debo la vida. Nunca lo olvidaré.

Éste gruñó algo ininteligible, al mismo tiempo que agitaba la mano desdeñosamente, y luego señaló hacia la segunda astronave, diciendo:

—¡Mira!

Bill hizo lo que le indicaban. Pudo presenciar una curiosa escena.

En tanto que el tirador del bazooka seguía haciendo uso constante del arma, protegiendo el desembarco de sus compañeros, un grupo de éstos se había instalado en el montacargas que le descendía hacia el suelo del satélite a toda la velocidad posible. Dispersos los hombres de Quinton, reducido notablemente su número, no podían ofrecer una resistencia muy eficaz y así, los recién llegados, aun sufriendo bajas en sus efectivos, que habían disminuido en una mitad aproximadamente, se arrojaron del aparato, apenas estuvieron a distancia suficiente, que fue cuando quedó, entre la plataforma y el suelo, una docena de metros, separándose apenas sus pies habían entrado en contacto con tierra firme, y comenzaron a disparar como energúmenos cuando estuvieron en condiciones de hacerlo.

—¡Fuego contra la compuerta! — aulló Quinton: — No dejéis bajar ninguno más.

Pero el del lanzagranadas, impertérrito, tumbado en el suelo de la esclusa, continuaba disparando impertérrito hacia todo lugar en el que veía aparecer un chispazo indicador que alguien había hecho uso de su rifle, y con ello dificultaba enormemente la puntería de los hombres de Quinton, permitiendo que, aunque la siguiente oleada también perdiera algunos de sus elementos, que al ser alcanzados se estrellaron cien metros más abajo, alcanzara su objetivo, aumentando así sus fuerzas y empezando a poner en un aprieto a la cuadrilla de Quinton.

—Esto se pone divertido — masculló Bill.

—Y a nosotros, ¿qué? — rezongó Urdiales—: No hemos tomado parte en la lucha, de modo que nada nos puede pasar. Si resulta perdedor Quinton verán que no tenemos ningún arma.

—La teoría es perfecta, Antonio — repuso Bill, sin dejar de contemplar el combate que continuaba más encarnizado que nunca—: Me gustaría saber qué resulta en la práctica.

Durante un buen rato ambos bandos se tirotearon a gusto. No se oían las detonaciones, pero, en cambio, los fogonazos de los disparos y los impactos de las balas, levantando nubecillas de polvo, que luego se depositaba con exasperante lentitud, se percibían con toda claridad, indicando que ninguno de los que pertenecían a ambos bandos contendientes estaba dispuesto a hacer un alto en el fuego, sí no era exterminando antes al contrario. Pero la cosa, igualada ya, parecía no tener término, y fue Quinton quien, obligado por las circunstancias, llamó:

—¡Eh, vosotros! ¿Dónde está vuestro jefe?

—¿Qué es lo que quieres?

—Podemos hacer un pacto. Una especie de armisticio. En este lugar hay diamantes para abastecer todo el planeta y hacernos los dos millonarios.

Bill pensó que si él fuera el jefe de los recién llegados no confiaría ni un pelo en las promesas de Quinton, pero, como ello no le afectaba, se limitó a escuchar.

—Está bien — contestó el propietario de aquella voz que le resultaba conocida a Bill—: ¿Qué trato propones?

—Tirar primeramente las armas. Luego establecer campos, delimitándolos claramente.

—Me parece muy bien. Alzaremos los dos los brazos a un tiempo. ¿De acuerdo?

—¿De acuerdo...? ¿Ahora...? — Bill hubo de admirar la sangre fría de Quinton que se puso en pie, con el fusil sostenido por ambas manos, arrojándolo luego de modo bien visible, para que no se dudara de sus intenciones.

—Por mi parte ya estoy. Y mis hombres lo mismo. ¡Arrojad las armas!

Los movimientos de ambas partes fueron simultáneamente, pero apenas se habían puesto en pie, unos y otros, con las manos bien abiertas para que pudiera apreciarse que ninguno sostenía un arma, cuando Urdíales tocó en el hombro a Bill:

—¡Astronave número tres!

Bill miró en la dirección que le indicaba el español y se quedó

estupefacto. Pues, allá arriba, a unoscuantos miles de metros de distancia, se divisaba el punto rojo que eran los chorros de gases de otro aparato sideral que deceleraba para tomar tierra en el mismo cráter de Vitrubio.

—Pues, Señor —dijo —esto se pone más concurrido que Times Square el día de Año Nuevo.

CAPÍTULO VIII

Puesto que ya no había el menor peligro, ya que todos los contendientes se habían desprendido de sus armas, Bill, seguido por su inseparable Urdíales, se acercó al grupo en que se encontraban hablando ambos jefes de los grupos rivales y no pudo contener una exclamación de asombro al reconocer al Interlocutor de Quinton:

—¡Wetzlar! — exclamó, y el aludido, al escuchar su nombre, se volvió, sonriendo.

—¡Hola, señor Shekels!—dijo—: Usted me rechazó, pero como ha podido apreciar no por ello he dejado de emprender la aventura. Uno de sus antiguos contrincantes en la carrera del espacio me ha servido de piloto. Con lo que gane aquí espera resarcirse de sus pérdidas. ¿Conoce usted a Henry Matthews?

Bill inclinó la cabeza, sin responder, y Wetzlar continuó su charla con Quinton:

—De modo que...

—Tendremos que discutir con más tranquilidad nuestras respectivas demarcaciones, para evitar sucesivos incidentes. Ahora lo que nos conviene es averiguar la identidad de los que están aterrizando.

—Alunizando, diría yo —Wetzlar rió sonoramente, y se volvió para presenciar la llegada del otro cohete que ya descendía lentísimamente, dando la impresión de ser su piloto un verdadero experto.

—¡Qué canallas! —masculló Urdíales—: Han dejado que sus hombres se maten unos a otros, y ahora se alían como si tal cosa. Si yo fuera uno de estos infelices que han quedado vivos...

—Te olvidarías de los muertos y solamente te ocuparías del dinero que pudieras ganar — sentenció Bill, con filosofía, que no dejó de comprender su amigo, pues la observación del piloto era harto sensata.

Media hora más tarde, cuando el grupo de los astronautas del tercer espacio que había desembarcado, se acercó al lugar, Bill hubo de exclamar la segundo exclamación de sorpresa de aquella mañana:

—¡Stella Harrison!

La muchacha inclinó levemente la cabeza, mirando con ironía no exenta de desprecio al piloto que le miraba, sorprendido.

—La misma, señor Shekels. Lamento decirle que me ha defraudado

usted profundamente al verle en tal compañía.

—¡Eh! ¿Qué tiene de malo la compañía?—protestó airadamente Quinton.

Pero ella no le contestó directamente. Se limitó a decirle:

—Vengo a hacerles una proposición, señores. Una proposición que creo será muy conveniente para ustedes.

Wetzlar y Quinton se miraron mutuamente, y el primero dijo:

—Adelante, pues, señorita Harrison.

—Vengo, en nombre de la sociedad a que pertenece mi padre, a comprarles toda la producción diamantífera que extraigan.

—¡Hombre!—repuso el judío—: Pues no esmala...

—Es malísima — cortó Quinton secamente—: Señorita Harrison, si piensa que la vamos a vender una sola piedra, ya puede volverse por el mismo camino que la ha traído aquí.

Ella no perdió el tiempo en rogar. Por el contrario, amenazó:

—Les advierto que la inmensa mayoría del mercado está controlada por la sociedad de mi padre, y otras que están de completo acuerdo con él. No podrán vender un solo quilate y acabarán por arruinarse.

Quinton se echó a reír:

—Eso es lo que usted se cree. Señorita Harrison, ¿piensa que tanto el señor Wetzlar como yo nos chupamos el dedo? Ya hemos constituido una asociación, a partes iguales, y venderemos dónde y cómo nos parezca y al precio que nos acomode. Nosotros no dependemos de nadie para hacer nuestra propia voluntad y nos permitimos el lujo de reírnos en las narices de todos los que pertenecen a esas sociedades que usted ha nombrado. Y ahora, si no tiene nada más que decirnos, y no lo creo, ya. puede largarse de aquí.

—¡Un momento!—cortó ella decidida—: Tengo el mismo derecho que ustedes a extraer diamantes de

aquí, ¿no es así?

—Yo creo que no — silbóWetzlar, empezando a ponerse furioso—: Nosotros hemos llegado los primeros y…

—Supongo que no querrán acaparar ustedes todo el territorio lunar, ¿verdad? Yo también he traído mi correspondiente equipo de minería y empezaremos a trabajar inmediatamente que hayamos acordado distribuirnos las correspondientes parcelas de terreno.

Quinton torció el gesto, sonriendo siniestramente: —Me gustaría saber si podrá realizar sus propósitos— dijo—: ¿Cree que tanto Wetzlar como yo se lo permitiremos?

—¡Oh, sí! —repuso ella displicentemente, sin dejarse amilanar por el tono de amenaza de las palabras de Quinton—: Tengo medios para ello. No lo duden.

—¿Medios? — repitieron los dos nuevos compinches al unísono—: ¿Se da cuenta de que entre nosotros dos reunimos doble número de hombres que los que se ha traído?

—Lo sé perfectamente — repuso Stella, sin perder por ello un ápice de su sangre fría, lo que hizo que la admiración de Bill, que escuchaba atentamente subiera cien grados por encima del punto en que ya se hallaba.

— ¡Coronel Radketz! — llamó la muchacha—: ¿Quiere usted acercarse?

Del grupo de astronautas que había detrás de ella se destacó un hombre que se llevó su mano derecha a la escafandra, en un remedo de saludo militar.

—Coronel IanRadketz, del cuerpo de Ingenieros de Astronáutica de los Estados Unidos, y encargado de catastrar la superficie lunar, así como de mantener, "a toda costa" — subrayo la frase—, el orden en el satélite.

Stella miró a los estupefactos Wetzlar y Quinton, sonriendo triunfalmente:

—¿Ven los medios de que dispongo? Ustedes pueden matarme, pueden matar a todos cuantos me acompañan, pero, si tal hacen, no esperen vivir mucho tiempo más. Todo el ejército yanqui se les echaría encima como una manada de lobos hambrientos.

Quinton se mordió los labios, furioso. Más no tardó mucho en recobrar su habitual sonrisa:

—Coronel, ¿puedo preguntarle en virtud de qué atribuciones está usted encargado, no sólo de catastrar este trozo del satélite, sino de mantener su orden?

—Me las ha concedido el Gobierno — declaró simplemente el militar.

—Eso quiere decir que considera esto como un trozo del territorio nacional, ¿no es así?

—Cierto — repuso Radketz, sin saber a dónde iba a parar su

interlocutor.

—Luego, ¿nos hallamos pisando suelo americano?— insistió Quinton.

—Ya le he dicho que sí — replicó amostazado Radketz, y al escuchar su respuesta, Quinton hizo algo extraño.

Pues, sonriendo satisfechísimo, se inclinó versallesco, diciendo:

—Coronel, un millón de gracias. No sabe usted el favor tan valioso que acaba de hacer. Y ahora, si me lo permiten, señorita, caballeros, al trabajo. Hemos de hacer cuanto antes el reparto del trozo de terreno en que hemos de buscar nuestros respectivos diamantes.

* * *

La jauría de reporteros y fotógrafos se echó encima de los que bajaban sobre la plataforma de descenso de la astronave, al lado de una enorme caja, completamente cerrada, formando, con sus preguntas, disparadas todas al mismo tiempo, una babélica confusión, sin que nadie lograra entenderse, a pesar de que todas las interrogantes giraban alrededor del mismo asunto.

—Señor Quinton, ¿es cierto que hay diamantes en la Luna?

—Díganos, ¿es rentable la explotación?

—¿No teme que la abundancia de piedras afecte al mercado? Las acciones de las sociedades terrestres han bajado ya enormemente, y todo el mundo se abstiene de comprar, esperando las primeras expediciones lunares.

—Señor Quinton, ¿está usted seguro de hallar tallista para sus piedras, si es que las trae?

Thomas F. Quinton alzó las manos sobre su cabeza, sonriendo satisfechísimo. Bill lo miró de reojo y luego a la ululante masa de "chicos de la prensa", que no cesaban de vociferar como los monos en sus jaulas del Zoo, y se dijo que su jefe no había podido encontrar mejor ambiente que aquél en que se hallaba en los momentos de su llegada al planeta.

Quinton les habló así:

— Calma, señores, calma! Contestaré a todas las preguntas, pero es necesario que sigan cierto orden.

Un reportero, más audaz que los otros, se metió por entre el numeroso grupo, apartando todos los obstáculos a fuerza de codazos, y alargó un papel una pluma:

—Señor Quinton — ladró —, el "Post" le ofrece cien mil dólares por la exclusiva de su relato.

Quinton firmó:

—De acuerdo. Le daré hora para empezar a dictarle.

Gritos y silbidos acogieron la firma, pero el periodista, logrado su propósito, se escabulló, buscando enloquecido un teléfono para dar la noticia a su periódico. El jaleo continuó.

—¡Silencio, señores, o no podré hacer declaraciones! —rogó Quinton, y aquellas palabras parecieron aquietar un momento los ánimos.

—Vamos, señor Quinton, empiece.

—O. K. Es cierto. Hay diamantes en la Luna. Véanlos, muchachos, véanlos y díganme si en nuestro mundo se pueden encontrar piedras como éstas.

Inclinándose abrió la tapa de la caja, y un universo de luz se desplegó ante los atónitos ojos de los espectadores. Las piedras destellaban con fulgurante relampagueo, pareciendo una cosa viva, cambiante, cegando literalmente los ojos de cuantos contemplaban aquella enorme caja, repleta de piedras, en el más colosal amontonamiento de gamas qué hombre alguno hubiera visto jamás. Pero sus destellos se confundieron con los incesantes de los "flashes", que consumieron enormes cantidades de lámparas de magnesio. Alguien preguntó al satisfecho Quinton, repitiendo:

—¿No bajarán los precios?

—Sí — respondió el interpelado displicentemente: — Claro que bajarán. Enormemente. Pero la abundancia de diamantes hará que todas las mujeres puedan poseer un collar como el que siempre soñaron, con unas piedras como solamente se ven en las películas, con las ventajas sobre éstas de que serán absolutamente legítimas. No alcanzarán el precio del vidrio, pero tampoco su coste será un impedimento para su adquisición por los bolsillos más modestos.

Bill miró a Urdíales, a su lado, y sonrió. Aquel granuja de Quinton tenía razón. Toda mujer terrestre podría poseer ahora una joya por la que antes debía limitarse a suspirar con nostalgia al verla en el escaparate. La baratura relativa de los diamantes sería compensada por la enorme cantidad que se venderían de estos. ¡Buena jugada! — elogió para su interior, y al mismo tiempo recordó a Stella, que se había quedado en el satélite, dirigiendo la explotación de su parcela. La muchacha no había querido dirigirle la palabra desde que hablaran en el momento de su llegada, rehuyendo obstinadamente todo intento

de aproximación, ante lo que Bill había tenido que darse por vencido. Pero procuró desechar aquellas evocaciones, que le hacían más daño que beneficio y prestó atención al diálogo de Quinton con los periodistas.

—¿Quién le tallará las piedras, Quinton?

—Wetzlar, Wetzlar & Wetzlar de Amterdnm. Los mejores tallistas del mundo entero, incluyendo el satélite — y Quinton río su propia broma, coreada por los reporteros.

—¿Está seguro de que accederán?

—Ya lo creo. He formado sociedad con uno de ellos, que ya está en la Luna. Los diamantes que ven aquí son propiedad de los dos.

—¿Puedo tomar una piedra para verla?

—Desde luego —Quinton se inclinó y tomó unenorme guijarro de aquellos que destelló deslumbradoramente —: Tome. Para usted. En cualquier joyería, una vez tallado, le valdrá al menos dos mil dólares. Si fuera de la Tierra y no hubiera otro que éste, todo lo que vale su periódico no sería suficiente para pagarlo. Ahora podrá ofrecérselo a su mujer por prácticamente una miseria.

El periodista miró la piedra, maravillado. Aquellas hermosas tonalidades, aquellas límpidas aguas... ¡Algo espléndido! Y sonrió embobado, sumido en la contemplación dé la gema, olvidándose al momento de todo cuanto pasaba a su alrededor. Los demás compañeros le miraban con envidia.

Pero muy pronto, mientras que continuaba el animado coloquio de Quinton con los reporteros, se produjo un incidente que redujo la gárrula palabrería al silencio. Un grupo de hombres uniformados, hercúleos, se abrieron paso a viva fuerza, entre la espesa muralla de chicos de la prensa, escoltando una pareja de hombres de paisano, de rostro amargado, uno de los cuales se enfrentó con Quinton, decididamente, diciéndole una sola palabra:

—¡Aduana!

Quinton se inclinó burlescamente:

—Muy señores míos — dijo—: ¿Qué es lo que desean de su humilde servidor?

—Esas piedras — dijo el funcionario secamente: —Habremos de pesarlas con objeto de totalizar los derechos de aduana a que están sujetas. De no hacerlo así no podrá desembarcarlas.

Quinton se rascó la cabeza de buen humor:

—Hombre, tienen ustedes unas cosas... Desembarcadas ya están. Y pagar, lo que se dice pagar derechos de aduana, no merece siquiera la pena comentario.

—¿Cómo dice usted? — rugió el aduanero.

—Es la primera vez, en mi vida, que veo que unos diamantes paguen por ir de un lado a otro del territorio de la Unión.

—¡Vienen de la Luna, señor mío! — aulló el empleado, empezando a perder la paciencia, pero la sonrisa no abandonaba la faz tranquila de Quinton.

—¿Y quién lo niega? ¿Acaso no he sido yo el primero en proclamarlo? Pero me gustaría que leyera lo que dice este papel, señor...

—Smithers, del Servicio de Aduanas — contestó el agrio funcionario, arrebatando de un tirón el documento que le alargaba Quinton.

Bill fue observando la expresión de Smithers a medida que iba leyendo y se dio cuenta de que variaba enormemente, hasta pasar de la ira al estupor más absoluto.

—¡No es posible!—gruñó cuando terminó.

—¿Cómo que no es posible? Fíjese, fíjese en la firma del coronel Radketz, del cuerpo de Ingenieros Astronáuticos, que se ha encargado de parcelar las respectivas demarcaciones. EL LUGAR DONDE ESTA ENCLAVADA LA MINA DE DONDE HAN SALIDO ESTOS DIAMANTES ES AHORA TERRITORIO AMERICANO, ¿lo entiende? Por lo tanto, ¿con qué fausto motivo he de pagar una excepción que, no solamente no me corresponde, sino que considero abusiva?

—Recurriré... — intentó hablar, lívido, el chasqueado aduanero, pero Quinton no le dejó continuar. Le cortó, desdeñoso:

—¿A quién va a recurrir usted? Ande y lárguese. Aquí no tiene que hacer nada. Usted y su servicio de aduanas serán el hazmerreír de toda la nación. ¡Puaf! ¡Querer cobrarme indebidamente unos derechos!...— y agitó el puño en dirección al defraudado Smithers que se batía apresuradamente en retirada: — Les demandaré. Tengo testigos y...

—Señor Quinton, ¿por qué no ha desembarcado directamente en Ámsterdam?

—Porque aquello es, por ahora, solamente aeropuerto para cohetes intercontinentales, y no para astronaves. Me marcharé en cuanto haya contratado particularmente uno solo para mí.

—¿Piensa volver a la Luna?

—En cuanto haya dejado la caja de las piedras y disfrutado de un par de merecidas semanas de descanso. Creo que me las he ganado a pulso, ¿no es así?

—Ciertamente — respondióle el coro, y luego alguien se individualizó—: Una última pregunta,Quinton.

—Hágala.

—¿Es cierto que entre los hombres de Wetzlar y usted hubo choques con efusión de sangre?

El sonriente rostro del aventurero se puso seriorepentinamente:

— Me niego a contestar. Considero la preguntaimpertinente.

Y ya no habló más. Los reporteros se dispersaron rápidamente, rumbo a sus respectivos periódicos, y Quinton permaneció un instante silencioso, contemplado curiosamente por su piloto y su mecánico. Al fin, se volvió hacia ellos, diciéndoles:

—Ayúdenme. Esta caja pesa mucho y yo solo no podré con ella.

Pero Bill denegó con la cabeza:

—Ya sabe usted las condiciones del contrato. Sólo para la navegación. Absolutamente nada de otro? servicios, ¿lo entiende?

Rechinó los dientes Quinton, furioso:

—Perfectamente. Y voy a pagarle una deuda, Shekels. Algo que le debo desde cierto día. en que usted me hizo una negativa semejante.

Al mismo tiempo que concluía la frase, alargó el puño en dirección a la mandíbula de Bill, pero éste se ladeó rápidamente, habiendo previsto la acción de su jefe, y el brazo pasó inofensivamente por encima de su hombro derecho. Mas no se estuvo quieto.

Su puño se incrustó en el estómago de Quinton, haciéndolo doblarse sobre sí mismo, con un rictus de agonía en los labios. Pero antes de que tuviera tiempo de recuperarse, un fenomenal derechazo, dado con todo el impulso y la fuerza de los duros músculos del piloto, levantó sobre el suelo a Quinton, dejándolo luego tendido, al lado de aquella caja que valía una fortuna.

Bill se sacudió un imaginario polvo de las manos y miró sonriente a Urdíales, en cuyo rostro había aparecido también la sombra de una pálida sonrisa:

—¡Vámonos, Antonio!

CAPÍTULO IX

Y la estampida comenzó.

Como en los peores tiempos del "rush" del oro en California, en 1848, o en el Klondike, a fines del siglo XIX, de la misma manera, centenares, millares de aventureros, ávidos de diamantes transformablesen oro, cayeron sobre la hasta poco antes pacífica e inhabitada superficie del satélite, convirtiendo en algunos lugares, la plata de su suelo en el rojo de la sangre, con la derramada por la codicia y la ambición humanas, que ya habían alcanzado limites extraterrestres.

Se concluyó el tráfico turístico. Todas las plazas de las astronaves de pasajeros resultaban insuficientes para acomodar a los impacientes aspirantes a mineros, quienes se peleaban entre sí aun en las mismas oficinas de las compañías de transporte, matándose allí mismo por la posesión del codiciado documento que era aquel rectángulo de papel azulado que daba derecho a la posesión de una plaza en el viaje hasta la Luna.

Los constructores de trajes especiales comenzaron a aumentar su producción, hasta entonces reducida a un mínimo completamente mortecino. Era bien sencillo ser minero lunar. Bastaban unos miles de dólares para el pasaje y el equipo. Resultaba mucho más difícil adquirir el primero, por lo que el mercado negro de pasajes hizo su consiguiente aparición.

Bill Shekels realizó continuados viajes entre el planeta y su satélite. La fiebre del diamante lunar había hecho su aparición en la Tierra, y así como los hombres se disputaban un trocito de aquel suelo, las mujeres se peleaban en las largas colas establecidas en las joyerías. Quinton había tenido razón más que suficiente. Aun siendo relativamente alto el precio, el sueño de toda mujer de poseer una gema auténtica hacía que las ventas alcanzaran índices grandemente remunerativos y la producción, a pesarde ser intensa, no daba abasto a la demanda, lo cual hizo que, lógicamente, con gran satisfacción de Quinton y Wetzlar, que habían sido los primeros en dar el golpe y, junto con Stella Harrison, los más afortunados en su lote de terreno, en el que, prácticamente bastaba rascar con los dedos para hallar aquellos trocitos de carbono cristalizado millones de años antes, en las enormes convulsiones geológicas que habían convertido la superficie de la Luna en un gigantesco rostro varioloso.

—Tenía razón Quinton. No he visto en mi vida un hombre más listo para los negocios.

—Cierto — asintió Urdíales, tomando un trago del vaso de licor que tenía al alcance de su mano, y mirando hacia la doble puerta del bar, instalado en uno de los farallones del cráter de Vitrubio en el que un emprendedor ciudadano había instalado una industria, con lo que conseguía ganar muchísimo más dinero que el que hubiera conseguido manejando un pico o los cartuchos de dinamita. El "Descanso del Minero Lunar" se hallaba excavado en plena roca y se le había dotado de cámara estanca, como una esclusa de aire, manejada desde el interior por uno de los empleados del dueño, colocado allí permanentemente.

Ahora se abrió la puerta y un hombrecillo menudo penetró, quitándose al momento la escafandra. Se dirigió, suspirando de alivio al ver a Bill y su mecánico, hacia el lugar en que se encontraban éstos.

—¿Qué hay, Nigel? ¿Cómo va el cargo?

—Mal. Muy mal. Teóricamente es enorme el honor de ser el primer alcalde de Tierra City, pero no gano más que disgustos. Peleas y riñas por doquier,muertes a granel... Me paso el día enterrando "fiambres". Es tan sencillo aquí matar a un hombre. Basta con hacerle un rasguño en el traje y ya está. ¡Si no fuera por el sueldo! Como pueda aguantar unos cuantos meses más, dejaré el empleo de alcalde y me largaré al planeta a descansar.

—Vamos, vamos — le reprochó Bill—: No será para tanto. Ande y tómese una copa. Cuidado con el licor, que con la escasa gravedad se sube muy pronto a la cabeza, Nigel.

—Tendré en cuenta su recomendación, señor Shekels. A su salud.

Bebió un sorbo, en el preciso momento en que tres o cuatro fornidos mineros penetraban, entregando sus cascos esféricos y recibiendo una chapa para identificarlos a la salida del bar, y apenas lo habían hecho, cuando uno de ellos gritó:

—¡Todo el mundo a beber! Hoy paga Les Street. Hemos encontrado una maravillosa bolsa diamantífera y quiero que todos participen de mi alegría. ¡Jones! ¡Que corra el "whisky"!

El dueño se acercó al bar en el que se hallaban los alborotadores, gruñendo:

—Primero quiero ver antes el color de tus piedras... no vayan a ser eso precisamente, piedras Estoy escarmentado.

El llamado Les Street se echó a reír mirando a sus compañeros:

—¿Habéis oído? ¿Piedras? ¿Ha dicho piedras? — y soltó una sonora carcajada, al mismo tiempo que arrojaba sobre el mostrador

una bolsa que se abrió inmediatamente, desparramándose su contenido, que brilló espléndidamente, dejando ver unos diamantesrealmente grandes, como ninguno de los que se habían extraído hasta entonces.

El avispado Jones tomó unos cuantos y los pesó inmediatamente en una balanza, en la que se habían hecho las deducciones correspondientes a las diferentes gravedades, hasta obtener el precio de la ronda, devolviendo gravemente a Street el sobrante. Pero no habían terminado siquiera las copas, cuando una voz femenina restalló en el local.

— ¡Les Street! ¡Devuelva inmediatamente esas piedras!

Todo el mundo se volvió, incluyendo a Bill y a su amigo, que, apartados un tanto del bullicio, tomaban, junto con Nigel, su licor, y pudieron apreciar la serena belleza de Stella Harrison. seguida de su hombre de confianza, Clausing, pálida, llameantes los ojos de indignación.

Bill se dio cuenta de que, en el año largo que había transcurrido desde su llegada a la Luna, la hermosura de Stella no había hecho sino aumentar, y sintió reavivarse dormidos recuerdos. La muchacha continuó, decidida e implacable:

—Street, esas piedras han sido extraídas de una parcela que me pertenece. Devuélvalas al momento.

Un espeso silencio cayó sobro el bar. Street se apoyó sobre el mostrador, con los codos, y recorrió con la vista todos los rostros de los concurrentes, no encontrando otra cosa que hostiles miradas. Al igual que ciento cincuenta años atrás, el robo era una de las cosas peores que podía hacer un hombre, y el minero no lo ignoraba. Tragó saliva, e intentó fanfarronear:

—Eso no es cierto — repuso con negligencia —. Loque pasa es que todo lo que la niña rica Harrison extrae de su mina le parece poco y quiere arrebatar a los pobres el honrado producto de su duro trabajo.

Pero las demagógicas palabras de Street cayeron en el vacío. Precisamente por su condición de millonaria, Stella se encontraba al abrigo de toda sospecha y ello, hizo levantarse sordos rumores, nada gratos contra el acusado, que palideció levemente. Sin embargo, se rehízo levemente, dándose cuenta de que tenía tres o cuatro compinches a su lado, aparte de otros varios pertenecientes al elemento díscolo que no faltaba en Tierra City, y a quienes no podía menos que beneficiarles un pequeño jaleo como aquél.

—Si usted cree que son suyas, ¿por qué no viene por ellas?

—No me hace falta. Tenemos una autoridad que hará cumplir la ley. Alcalde Nigel, detenga a ese hombre.

Temblaron las rodillas del interpelado. Ni su ánimo ni su cuerpo estaban para aquellos trotes, pero no tuvo otra opción. Sin embargo, antes de que iniciara un tímido movimiento de avance hacia Street, el vaso de agua que estaba ya colmado, recibió la gota que lo hizo desbordarse.

De nuevo volvió a abrirse la puerta, y un hombre, tras quitarse la escafandra, aulló, enloquecido, encarando su índice hacia el mismo Les:

— ¡Street, me robaste los depósitos individuales de aire y mi compañero Jameson ha muerto asfixiado por tu culpa! ¡Te voy a matar, canalla!

Aquella acusación era mucho más grave que la deStella. La sustracción de uno o dos diamantes era cosa de relativa importancia, pero lo que ya resultaba verdaderamente intolerable era el robo de algo tan preciado como la misma vida: los víveres, ya fueran sólidos, latas de conserva; líquidos, botellas de agua; o gaseosos, balones de aire u oxígeno, y los concurrentes al bar, encrespándose, desatándose definitivamente su cólera, se arrojaron sobre Street y sus amigos, quienes se aprestaron a rechazar el ataque, por todos los medios, pues sabían que, de ser vencidos, sufrirían una única penalidad, la única que podía aplicarse en aquellos parajes.

Inmediatamente se formó un pandemónium espantoso. Volaron las botellas y las sillas de tubo de acero se alzaron para caer sobre los cráneos de los contendientes, abriéndolos como simples granadas maduras. En un momento, el "Descanso del Minero Lunar" se convirtió en un auténtico campo de batalla, en el que todos se golpeaban y gritaban ferozmente, sin dar descanso ni respiro al contrincante.

Instintivamente Bill se dio cuenta de que Stella había sido envuelta por la marea de los luchadores, y que en el mismo momento, Clausing había sido alcanzado por un sillazo, que lo derribó por el suelo, con el rostro ensangrentado, sin conocimiento, al mismo tiempo que Street, furioso, perdido el control de sí mismo, desembarazándose de su adversario más próximo, con algo parecido a la coz de una mula, se arrojaba sobre la muchacha que se hallaba totalmente envuelta en el torbellino de los combatientes.

Las facciones del minero estaban animadas del odio más insano. Perdido el control de sí mismo, inyectados los ojos en sangre, semejando literalmente una fiera ávida de su presa, hendió la masa de cuerpos en dirección a Stella.

El momento era de peligro para la muchacha.

Bill reaccionó inmediatamente. No se sabía lo que podía ocurrir si las grandes manazas de Les Street alcanzaban el delicado cuerpo de Stella. Pasando por encima de los caídos que continuaban peleándose ferozmente, saltó hacia adelante, interponiéndose en el momento exacto que el minero casi tocaba ya a la joven.

Street rugió encolerizado, al ver frustrados sus intentos, y disparó su puño derecho hacia el mentón de Bill, que salió despedido fuertemente, ya que no había tenido tiempo de precaverse contra el demoledor impacto. Su cuerpo, al caer, arrastró hacia atrás el de Stella, y el piloto pudo ver perfectamente el destello de malsano júbilo que había iluminado losojos de Street.

Éste levantó uno de sus pesados pies con ánimo de aplastar la cara del caído, pero en aquel instante algo voló por los aires estrellándose contra el rostro del gigantón y haciéndole perder un tanto el equilibrio.

Bill se incorporó de un salto, aprovechando el leve respiro que le había concedido el sillazo que su fiel Urdíales había propinado a Street, arrojándole el mueble de tubo desde la distancia, y clavó su puño en el estómago de su rival, que ahogó un gemido de ira y dolor y, retrocediendo un paso, echó mano a su cinturón, del cual extrajo algo de que todo minero iba provisto ineludiblemente: un pequeño pico, cuyo hierro mediría unos veinticinco centímetros, portreinta el mango, y lo levantó sobre la cabeza de Shekels.

El piloto se vio perdido. No porque su fuerza fuera ya de por sí inferior a la de su antagonista, sino porque sabía que no podría resistir los sucesivos golpes que primeramente le destrozarían los brazos que habría de alzar en su defensa, para dejar expedito el camino hasta su cráneo. En tan crítico momento, el rostro de Street adquirió una singular expresión.

Su gesto enfurecido se trocó por otro de sorpresa. Un rictus de dolor curvó sus labios, que blanquearon repentinamente, y una rosada espumilla corrió a lo largo de su mentón.

Se llevó las manos al pecho, donde había aparecido súbitamente el mango de un cuchillo, y luego, exhalando un grito ronco, cayó hacia adelante, pataleando unos segundos antes de inmovilizarse definitivamente.

Salvando los obstáculos que se oponían a su paso, Urdíales llegó hasta donde se encontraba el muerto, le dio media vuelta con el pie y le extrajo su navaja, que plegó y guardó de nuevo, tras haberla limpiado en las propias ropas del muerto.

Bill se volvió y ayudó a levantarse a la muchacha, que, afortunadamente, no había sufrido daño alguno.

—Gracias, señor Shekels — y procuró desviar su mirada de aquel horroroso cuadro—. De no ser por usted, no sé qué me hubiera hecho ese bruto.

—¡Oh! No tiene ninguna importancia. Las gracias hay que darlas a mi piloto. Él es quien en realidad nos ha sacado a los dos del atolladero.

—¡Ojo! — gritó Urdíales, pero Bill no pudo evitar el empujón que le recordó que todavía proseguía laempeñada pelea, con gran desespero del propietario del salón.

Hubo de tropezar de nuevo con Stella y, para no caer, abrazarse a ella, lo que hizo de muy buena gana, sonriendo satisfecho, sin que en esta ocasión la joven pareciera rehuirle.

—Vaya — comentó—, ¡quien lo había de decir! Fue él quien se separó con harto disgusto, diciendo:

—Lo mejor será que nos larguemos de aquí cuanto antes. La cosa se está poniendo fea y, como la autoridad de Nigel es algo que no existe, tendremos que avisar al coronel Radketz. Tomemos nuestras escafandras.

Obedeció ella, colocándosela igualmente al todavía medio atontado Clausing el propio Urdíales, quien le ayudó a caminar hasta la puerta, haciendo funcionar su mecanismo para pasar a la esclusa, pero apenas se había descorrido el transparente muro de vidrio que dejaba ver, a través del segundo, el bellísimo paisaje lunar, cuando ocurrió lo inesperado.

Dos de los luchadores, ciegos en su furia, se aproximaron hasta la pared y uno de ellos, repentinamente, se zafó de su rival mediante el procedimiento de sacudirle fuertemente en la mandíbula.

El minero golpeado abrió los brazos, y retrocedió trastabillando, abriendo los brazos en un inútil intento de restablecer el equilibrio, sin conseguirlo, y luego su hombro tocó el muro.

En aquel momento se produjo la catástrofe.

Primeramente no fue advertido por nadie, puesto que toda la concurrencia estaba enfrascada en lapelea, con tanto interés que la muerte de su promotor había incluso pasado inadvertida. Pero lo que ya estaba ocurriendo no podía ser ignorado y alguien, aterrorizado, lanzó un grito en el que se reflejaba el horripilante pavor que se había apoderado de su ánimo:

—¡ La compuerta exterior se está abriendo!

Bill y sus compañeros ya estaban al lado del muro de vidrio cuando éste comenzó a deslizarse, hundiéndose en su alvéolo excavado en la propia roca. Se dio cuenta inmediata de la tragedia que iba a desarrollarse allí en el interior, para los que no estaban aún provistos de su correspondiente escafandra y realizó un vano intento de detener aquel pesado mamparo con sus propias manos.

Pero todo era inútil. Percibió los alocados gritos de los horrorizados mineros que se daban cuenta del desastre, y así mismo percibió el profundo silbido, más parecido a un trueno, del aire que se escapaba al vacío, provocando un huracán, y luego, sin poder evitar el continuo movimiento de la compuerta, se vio envuelto en los dedos de aquel tornado que se lo llevó por delante, arrastrándolo por el irregular suelo del satélite, golpeándolo y magullándolo, entre los gritos de espanto de la propia Stella, que temía por su suerte.

La paliza que recibió le impidió ver las escenas de horror que se desarrollaron en el interior del bar. La masa de mineros, enloquecida, se precipitó sobre el lugar en que se guardaban las escafandras, pero ninguno de ellos tuvo tiempo de colocársela siquiera. Los más afortunados lograron asir una, sin que, no obstante, tuvieran tiempo de colocársela, porque elaire del interior se escapó en un segundo, rugiendo como una cosa viva, e instantáneamente, al hacerse el vacío, el frío sideral penetró en el interior de la excavación, congelando a todo el mundo en el acto, haciendo que los mineros sorprendidos por la muerte quedaran en las más variadas posiciones, lo que hizo que muchos de aquellos a los que la muerte había sorprendido en pie fueran luego cayendo al suelo, partiéndose sus miembros como si fueran trozos de humana porcelana.

Stella no se fijó en lo que acababa de ocurrir, únicamente se dio cuenta de que Bill había sido arrastrado por el brevísimo vendaval, y corrió hacia él, arrodillándose a su lado.

—¡Bill! ¡Bill!—le llamó—. ¿Está usted herido?

El piloto, al incorporarse, sonrió:

—No, gracias. Un tanto magullado — y luego su rostro se ensombreció al contemplar las ruinas y los cadáveres. Sin embargo no hizo ningún comentario, sino que dijo simplemente—: Habrá que avisar al coronel Radketz.

Pero ya se veían a lo lejos numerosas figuras que corrían hacia aquel lugar, a grandes saltos, quienes rodearon a los cuatro supervivientes, que explicaron en pocas palabras la tragedia que acababa dé tener lugar. Luego Bill, tomando del brazo a Stella, que no

hizo ninguna resistencia, se encaminó, seguido de su mecánico y de Clausing, hacia el lugar en que el coronel tenia situado su puesto de mando.

Radketz no hizo ninguna observación mientras que Bill y sus compañeros le explicaban lo que había pasado, únicamente, cuando el primero terminó la exposición de los hechos, se limitó a exclamar:

—Todo esto ya lo había previsto yo, pero tendrá su fin antes de lo que ustedes creen.

—¿Por qué? — inquirieron Bill y Stella al mismo tiempo.

Radketz se levantó pausadamente. Antes de contestar, tomó de la mesa un cigarrillo y le prendió fuego con deliberada lentitud. Después, al mismo tiempo que exhalaba el humo, soltó la noticia, con un tono de estudiada indiferencia en la voz:

—El Gobierno de los Estados Unidos, en tanto se aclara si este trozo de la Luna es o no territorio americano, ha decidido suspender temporalmente todos los permisos para desembarcar diamantes. Esta medida alcanza a todos los territorios de la Unión. Nada más, señores. Pueden continuar excavando, pero no podrán llevarse ni una sola piedra preciosa.

CAPÍTULO X

El orador estaba situado sobre un pequeño montículo, desde el que dominaba la masa de mineros lunares que se habían reunido en aquel lugar, quienes le escuchaban con suma atención, percibiendo claramente sus palabras a través de sus receptores individuales.

Apoyado negligentemente en una roca, Quinton, junto a Wetzlar, permanecía silencioso, pero satisfecho. Aquella reunión no podía por menos de favorecer sus planes, y los ánimos de los mineros estaban tan excitados que la menor provocación podía hacer estallar la revuelta, cuyo principio, si podía preverse,no en cambio su final, que en todo caso no conduciría más que a un sangriento desastre.

¡Amigos!—gritaba el improvisado demagogo—: ¿Hemos de consentir que por el Gobierno se nos despoje del producto de nuestro honrado trabajo? Penalidades, aislamientos de nuestras familias, privaciones, sacrificio de nuestros modestos capitales, todo ello, ¿queréis decirme para qué nos servirá en lo sucesivo? No podremos introducir los diamantes en los Estados Unidos, y ¿por qué? ¿No lo sabéis? Yo os lo diré. Los que nos gobiernan, los miembros de la Cámara de Representantes, los senadores, todos ellos están influenciados, cuando no vendidos a las poderosas compañías diamantíferas del planeta que, día a día, ven decrecer constantemente sus ingresos al no poder competir con nuestros productos, infinitamente superiores a los suyos, tanto en calidad como en baratura.

A dos millas de aquel lugar, Bill, junto con Stella, Urdíales y Clausing, escuchaba perfectamente tan revolucionario discurso y no pudo por menos de evitar el irónico comentario:

—En vez de un agitador, parece un corredor de comercio.

—¿Qué es lo que podemos hacer? — continuaba el orador —. Yo os lo diré. Aquí, a poquísima distancia de nosotros, hay alguien íntimamente relacionado con la decisión del Gobierno. Alguien tan afectado como nosotros y que no es otro que la hija de Harrison. Para contrarrestar la medida, para lograr que la revoquen, tenemos el remedio a mano. — Bill se irguió, instintivamente alarmado—. Vayamos a su demarcación. Hagámosla prisionera y lancemos un ultimátum a su padre. Ello le convencerá de que debe hacer presión sobre los que han dictado la ley para que la revoquen. ¿No estamos en territorio americano? ¿No somos ciudadanos americanos? ¿Por qué, pues, hemos de sufrir este vergonzoso trato discriminatorio?

Una gritería enorme cerró las últimas frases del agitador, y centenares de puños se alzaron, en aprobación del discurso.

—Esto nos va a venir de perillas — dijo Quinton, en voz baja a Wetzlar, que sonrió satisfecho.

—Déjalos que griten y se desgañiten. Nos harán un gran favor sin costarnos un céntimo.

La masa de mineros gesticulante, enardecida, roto el ligero freno de civilización que hasta entonces la había contenido, volvió grupas y se dispuso, tal como había dicho su líder, a dirigirse hacia el campo minero de Stella Harrison, en el cual Bill estaba hablando en aquel momento:

—Antonio, ocúpate de ponerte en contacto con el coronel Radketz y dile lo que ocurre. Entretanto yo dispondré la defensa, : ¿Dónde tiene sus armas, Stella?

—Venga conmigo, Bill. Yo se lo indicaré.

—Vamos, muchachos — se dirigió el piloto a los empleados de la joven, pero la mayoría de ellos permanecieron inmóviles, sin atender al requerimiento de Shekels, que se volvió extrañado.

Solamente media docena de hombres iniciaron un movimiento para acompañarles, y Bill miró á los treinta o cuarenta restantes con infinito desprecio:

—Únicamente sois buenos para cobrar buenos sueldos. ¿Y tú, Clausing?

Éste miró el suelo, arañándolo con la punta de su pesada bota y, al mismo tiempo que enrojecía, balbució:

—Yo... Bill... Mira, no me gustan las complicaciones y...

—Está bien. Puedes largarte también. Siempre supuse que eras un fanfarrón, pero ahora acabo de verlo con mis propios ojos.

—Y no solamente un presumido, sino alguien que te ganó la carrera cegándote un tubo expulsor, ¿no es así, Bart? — gruñó Urdíales, habiendo terminado ya su conferencia con el coronel.

El impacto había sido certero y Clausing palideció. Urdíales continuó implacable:

—No hay como el alcohol para desatar las lenguas y tu segundo piloto no iba a ser una excepción. En cuanto regresemos a la Tierra te haré devolver hasta el último céntimo, sinvergüenza. Y ahora, como ha dicho Bill, ya te puedes marchar. No hay aire, por lo que podemos oler bien. Si lo hubiera, tu sola presencia lo infectaría,. ¡Fuera! —

concluyó Urdíales, sentándose un segundo, con aire de fatiga, lo que hizo que Stella le preguntase, alarmada:

—¿Qué le ocurre, Antonio? ¿Está cansado?

—¿Cansado? — rió el español—. ¿Le parece poco una parrafada tan larga? En mi vida había hablado tanto y tan seguido. Pero vamos por las armas. Hay que aguantar un poco el tipo hasta que llegue el coronel y sus hombres.

—No sé qué refuerzo puede constituirnos Radketz y sus doce técnicos y astrónomos — dijo Bill, en tanto comprobaba el buen funcionamiento de su rifle.

—Menos es nada, amigo — gruñó Urdíales —. Doce y seis que estamos aquí, somos dieciocho.

—Sí, contra mil o más fieras — y al decir esto miró cariñosamente hacia Stella, prosiguiendo—: Si sacamos de ésta el pellejo intacto, tendré mucho gusto en decirle algo.

—¿No puede ser ahora, Bill? — insinuó ella pícaramente.

Pero Shekels le indicó los hombres que tenía á su alrededor y que se ocupaban del material bélico.

—Demasiada gente — remedó, inconscientemente, al lacónico Urdíales y ella, a pesar de la gravedad de la situación, no pudo evitar una argentina carcajada que infundió nuevos bríos en el corazón del piloto.

Todavía no habían terminado de aprestarse para la defensa, cuando ya divisaron la nave del coronel, un aparato pequeño que le servia únicamente para sus exploraciones por el satélite, de la que desembarcaron rápidamente todos.

Radketz, con una ojeada al terreno, se dio cuenta inmediatamente de las pocas probabilidades de éxito que tenían:

—Lo pasaremos muy mal—dijo con brutal sinceridad—. Aquéllos son demasiados y nosotros muy pocos.

"Aquéllos" era la masa enfurecida que ya se les echaba encima, a menos de dos kilómetros de distancia, ocupando la mitad de dicho espacio de anchura, vociferando a través de sus micrófonos y amenazando con toda suerte de males para Stella Harrison y todos los que se atrevieran a defenderla.

Urdíales salió del interior del almacén con unpar de cajones en cada mano, objetos que en la Tierra hubieran pesado al menos cien kilos cada uno, pero que en la Luna manejaba como si fueran de

liviana pluma y corrió hasta depositarlos, dando grandes saltos, a unos trescientos metros del lugar en que se hallaban, al resguardo de unas rocas, con objeto de que no pudieran ser alcanzados por los proyectiles de los revolucionarios, que se acercaban a cada momento.

Bill comprendió inmediatamente la idea de su mecánico y, gritando a los que se habían quedado con él, voluntariamente:

—¡Venid conmigo! — exclamó—. ¡Ayudadme!

¡Pronto!

También el coronel se percató de lo que aquellos hombres querían hacer y ayudó a distribuir los cajones, de modo que estuvieran separados entre sí por un par de centenares de metros, con lo que consiguieron llenar un espacio de un par de kilómetros, volviéndose precipitadamente a la entrada de la cueva, amplia, y que daba lugar para que todos pudieran disparar cómodamente.

La estampida de los mineros se hallaba ya a menos de quinientos metros del lugar en el que habían sido depositadas las cajas, que eran invisibles para ellos. Sus gritos, perfectamente transmitidos por los radios individuales se escuchaban con mayor claridad cada vez, y el coronel Radketz, creyendo llegado el momento, se puso en pie y gritó:

—¡Alto! ¡Alto todo el mundo! ¡Os ordeno que regreséis a vuestras demarcaciones y permanezcáis tranquilos! Con el empleo de la fuerza no conseguiréis otra cosa que empeorar la situación.

—¿Y quién es usted que se cree con autoridad suficiente para mandarnos volver? — inquirió alguien.

—¡No reconocemos aquí su poder! —gritó otro, y una tempestad de gritos y silbidos de burla acogió las palabras pronunciadas.

—¡ Queremos a la señorita Harrison!

—¡Sí! ¡Entregádnosla y no os pasará nada!

—¡Que salga! ¡La tendremos prisionera con nosotros, hasta que su padre haya accedido a conseguir del Gobierno la revocación de la sentencia!

—Lo que pedís es un imposible y reñido de todo punto con la lógica — contestó sensatamente Radketz, en un claro entre improperio e improperio—. Ella no tiene la culpa de la decisión gubernamental. Es un minero como vosotros y también sufrirá elevadas pérdidas.

Pero la jauría de vociferantes mineros ya no hizo caso a ninguna exhortación. El coronel quiso intentar un último esfuerzo.

—¡Quietos! ¡Quietos todos, o volaréis por los aires!

Nadie le hizo el menor caso y continuaron andando. Mas Bill se dio cuenta de repente de que la muchacha echaba a correr hacia el numerosísimo grupo de hombres, por lo que la imitó, alcanzándola antes de que tuviera tiempo de dar media docena de pasos, que en aquellas circunstancias eran inacabables saltos.

—¿Qué va a hacer usted, Stella?

—Entregarme — contestó ella resueltamente, clavando en el rostro del hombre la maravilla de su límpida mirada—. No puedo consentir...

—¿Qué es lo que usted no puede consentir? ¿Que no se derrame más sangre? La fiera que hay en cada uno de los mineros se ha desatado ya y, si no es con el látigo, no se podrá detenerla. Venga conmigo, antes de que sea demasiado tarde.

Ella intentó resistirse, insistiendo en sus nobles propósitos, pero Bill no le hizo caso. Cargó con Stella, que pataleaba desesperadamente, sin comprender que sus nueve kilos de peso lunar eran bien poca cosa para los poderosos músculos del hombre, quien corrió hasta hallarse en lugar seguro, en el mismo instante en que una granizada de balas comenzaba a levantar esquirlas de roca y nubecillas de polvo.

Todavía sujetando a la muchacha, Bill ordenó:

—Antonio, hazles una demostración a esos cafres.

La "demostración" consistió en un disparo del español hacia uno de los cajones. La bala impactó contra los cartuchos de dinamita que contenían, explosivo usado para desmenuzar las rocas y abrir galerías, y una cárdena llamarada, en medio de un huracán de tierra y rocas, se elevó a grandísima altura.

Una docena de cuerpos de los mineros más cercanos fueron arrojados violentísimamente hacia atrás, convertidos en pulpas sangrientas, acribillados por la metralla rocosa, machacados por las piedras, aplastadas por la onda de choque, y ante el inesperado contratiempo, las filas vociferantes callaron y las piernas se detuvieron.

Durante unos momentos, el silencio más absoluto reinó en aquel paraje. El polvo levantado por la explosión ibase posando lentamente, y los cadáveres de los muertos, así como el enorme cráter, se divisaban perfectamente. La indecisión parecía haberse adueñado del ánimo de los levantiscos, pero duró muy pocos momentos. Alguien gritó:

— ¡A ellos, muchachos! ¡Hagámosles pagar cara la muerte de nuestros compañeros!

Primero fue una descarga cerrada la que soltaron las armas de los que se hallaban situados en primera fila. Decenas y decenas de llamitas chisporrotearon durante unos segundos, y los sitiados hubieron de encogerse para no ser alcanzados por las balas. Sin embargo, Bill se volvió rápidamente al escuchar a sus espaldas un gemido de agonía. Un rebote había perforado la esfera transparente de uno de los hombres de Stella. Se debatió espasmódicamente unos instantes, para inmovilizarse casi repentinamente cuando su cuerpo se congeló totalmente.

—¡Coronel!—gritó Bill—. Mucho me temo que hayamos de reventar las cajas que faltan.

Radketz no contestó. Miró al negro cielo, apretando los puños, como si del telón estrellado dependiera su salvación y luego, mordiendo las sílabas, exclamó:

—¡Fuego!

Después de la primera descarga, los mineros habían echado a correr furiosamente, animándose al ver que aquellos a quienes querían matar no contestaban, pero apenas si tuvieron tiempo de escuchar la voz de Radketz.

Una docena de volcanes de fuego se encendieron casi simultáneamente, cuando los asediados oprimieron los gatillos de sus respectivas armas. Tembló el suelo del satélite, como si una honda sacudida sísmica se hubiera producido en sus entrañas.

Cuando se disipó la humareda, los gases absorbidos por el vacío, el polvo regresando al lugar de donde había salido, un cuadro horroroso pudo ofrecerse a todas las miradas.

El suelo aparecía literalmente sembrado de cuerpos tendidos, que punteaban de negro el color pardo-rojizo de la Luna. Ni uno solo se movía ya, a excepción de los vivos, que todavía restaban en número más que suficiente para aplastar a aquella docena y media de seres que se obstinaban en vivir.

Esto es el fin — dijo entre dientes Bill, y no pudo evitar el mirar hacia Stella, sonriéndola como para darle ánimos, pero íntimamente convencido de que allí se acababa todo ya. Apretó la mano de la muchacha y notó claramente cómo ella le devolvía la caricia. Luego, substrayéndose al encanto del momento, se echó el rifle al hombro, encarándolo hacia la masa que caía ya sobre ellos, sin ninguna barrera de explosivos que la contuviera. Los mineros pisotearon los cadáveres de sus propios compañeros y cargaron en el embate final.

Pero Bill no tuvo tiempo de oprimir siquiera el gatillo. Antes de que

lo hiciera, convencido de que era un gesto totalmente inútil, un grito de Radketz le hizo desviar su atención.

El coronel señalaba con un dedo hacia un punto determinado del espacio, en el que se veían unas cuantas llamitas rojas.

—¡Allí! ¡Allí! ¡Ya vienen!

* * *

AaronWetzlar, de Wetzlar, Wetzlar&Wetzlar,Tallistas, Amsterdam, Holanda, tenía un aneurisma, por cuya razón tenía recomendada muy especialmente que huyera de todo cuanto pudiera constituirle una emoción demasiado fuerte. Pero no podía evitar el recrearse en la contemplación de aquel enorme diamante, de más de seiscientos quilates, y al mismo tiempo lamentar profundamente que la abundancia de tales piedras hiciera que su valor fuera solamente de unos pocos miles de dólares, cuando de haber sido extraído en la Tierra, todos los tesoros de Golconda no hubieran bastado para comprarlo.

Sin embargo, procuró consolarse filosóficamente, pensando en que si bien aquello era de una baratura enorme, la misma abundancia de piedras, que las ponía prácticamente al alcance de todos los bolsillos, hacía que el tallado y la venta continuara siendo una profesión altamente remunerativa. Y no solamente tenía allí aquel colosal diamante, sino centenares de ellos, algo más pequeños quizá, pero que sumaban un valor total de varios centenares de miles de dólares.

Recreándose una vez más en su contemplación, lo sopesó con ojo crítico y feliz sonrisa. Pero de repente la sonrisa se le congeló en sus labios, sintió que un ahogo súbito le subía por la garganta arriba, y notó que el corazón, al presenciar algo imprevisto, que jamás hubiera creído posible, le estallaba con un dolor agudísimo, que pronto dejó de percibir porque se derrumbó muerto, cayendo de la silla al suelo.

Cuando la policía holandesa, al día siguiente, comenzó sus primeras investigaciones, dictaminó que la muerte de AaronWetzlar se debía a la impresiónque le había producido el ladrón o ladrones que habían arramblado con todas las piedras, sin dejar absolutamente ninguna.

¡Ni un solo quilate quedaba en toda la casa delos Wetzlar!

* * *

—¿Cómo no nos dijo usted que esperaba refuerzos, coronel?

La recriminación partía de Bill, cuando las tropas desembarcadas

de las espacionaves, con su sola presencia, lograron reducir a los levantiscos mineros.

—No quise infundirles falsas esperanzas. En realidad ya estaba previendo que un día u otro esto se convertiría en un infierno, y quería precaverme. Llegaron muy justo.

Bill, con Urdíales a su izquierda, caminaba llevando del brazo a Stella, cruzando por aquel lugar cubierto de destrozados cadáveres. El español se detuvo de repente al reconocer a tres de los muertos: Clausing, Quinton y Wetzlar. Empujó con el pie alúltimo de los tres.

— ¡El muy granuja! Él fue quien sobornó al que se dejó caer el balón de combustible, con objeto de liquidarte. Total, para luego concluir asociándose con otro tan granuja como él. ¿Quieres decirme de qué les ha servido?

—Antonio, has hablado demasiado — rio Bill, feliz. Sin habérselo dicho, se sabía amado por Stella y él, a su vez, la amaba intensamente.

Pero, cuando llegaron a la Tierra, la sorpresa más enorme les esperaba. Después de lo ocurrido, la muchacha no había querido quedarse ni un momento más en el satélite, y rogó a Bill que pilotase su nave, a lo que éste accedió con infinito placer. Y la sorpresa fue el no encontrar los acostumbrados periodistas que solían acoger toda expedición diamantífera del satélite. Abstraídos en su amor, no se habían ocupado de lo que ocurría fuera de su ámbito.

Se lo explicó Nicholas Harrison, satisfecho en el fondo. Las cosas volverían muy pronto a su cauce.

—No se sabe la causa, pero al cabo del año, los diamantes lunares desaparecen misteriosamente. Un ligero chasquido y ¡plaf! tres o cuatrocientos quilates que se volatilizan, sin dejar otro rastro que un poquitín de polvillo obscuro. Los técnicos dicen que la atmósfera terrestre influye notablemente en tan repentina alteración molecular, pero el caso es que ya nadie quiere un diamante lunar ni regalado.

Stella se volvió feliz hacia Bill. Se sentía infinitamente dichosa.

—¿Qué me importan a mí todos los diamantes del mundo? Tengo aquí algo que es más precioso que las mismas gemas, ¿verdad, cariño?

—Verdad — replicó el piloto, inclinándose sobre el sonriente rostro de la muchacha, y besándola sin el menor empacho, sin preocuparse de que delante de los dos estuvieran su propio padre y el español.

Antonio Urdíales carraspeó, miró al señor Harrison y, finalmente, dijo, volviendo a su laconismo:

—Estorbamos.

FIN

EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llórente, 13 - Barcelona

12

! i

Blas. 5